



HISTORIA, VIAJES, CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.

## MARRUECOS,

POR  
EDMUNDO DE AMICIS.

TÁNGER.

(CONTINUACION).

VII.

Alrededores de Tánger.—Huertas y jardines.—La campiña.—Estado de la agricultura.—El cabo Espartel.—Peregrina preocupacion.—Preludios de viaje.—Anuncios desagradables.—Llegada de la escolta.—Elijo cabalgadura.—Las tiendas del campamento.—Visita oficial de despedida.

Además de disfrutar de los espectáculos que dejo descritos, realizaba con mis futuros compañeros de viaje, frecuentes excursiones y paseos por la campiña de Tánger, que no es ménos digna de verse que el interior de la ciudad. En derredor de las murallas se extiende un verdadero cinturón de jardines y huertas, pertenecientes en su mayor parte

maravillosa. Consiste ésta en largas hileras de pitas, semejantes á lanzas gigantescas, plantadas en medio de una haz de enormes dagas encorvadas, que tal es la forma de sus hojas, de cuyas puntas se valen los árabes para coser las heridas, empleando en vez de hilo las hebras de las mismas; en nopales, *kermus Indicus*, higueras de la India, segun se llaman en el idioma del país (chumberas), altísimos, y de hojas recias que crecen junto á los senderos, pero tan espesos y apiñados que casi impiden el paso; higueras comunes, encinas, acacias, adelfas, y arbustos de varias especies, que entrelazan sus ramas con las de los árboles más altos y con la yedra, las parras, las cañas y la maleza, formando el todo un tejido inextricable de verdura, bajo del cual los senderos parecen profundos fosos privados de luz, hasta el punto de

tener, en ocasiones, que andar á tientas. Para trasladarse de un predio á otro es indispensable abrirse paso al través de la maleza, ó pasar por encima de las cercas escondidas por las yerbas y las flores que se levantan hasta la cintura de un hombre.



Labrador árabe. — (Véase la página 194).

á los cónsules y ministros, casi todos abandonados, ó por lo ménos descuidados; pero cubiertos de una vegetacion

Una que otra casita blanca, medio oculta entre la espesura, y alguna noria desde la cual, por medio de bien en-

tendidos canalizos, se distribuye el riego, constituyen el único indicio de propiedad y de trabajo. Muchas veces, si no hubiese contado con el capitán de estado mayor, que es un guía por demás experto, de seguro me habría extraviado en el laberinto de aquella frondosa vegetación. Ello es que con frecuencia debíamos llamarnos el uno al otro para no separarnos mucho, pues materialmente nos sumergíamos y nadábamos en aquel inmenso piélago de verdura, gozando en abrirnos paso al través de la espesura con manos, pies y cabeza, con la alegría frenética del salvaje que, rota la cadena de la esclavitud, se hubiese de nuevo encontrado en medio de la libertad de sus florestas.

Más allá de dicha cintura de huertas y jardines ya no se encuentran árboles, ni casas, ni maleza, ni siquiera indicio alguno que revele en toda la campiña división en la propiedad. Constituyen aquella pequeñas lomas y praderillas verdes y onduladas en las cuales pastan algunas cabezas de ganado vacuno, cuyo guardián no parece en parte alguna; ó galopa tal cual caballo en libertad. Una sola vez recuerdo haber visto labrar la tierra: un árabe arreaba un jumento y una cabra uncidos á un arado pequeñísimo, de forma por demás peregrina, y construido cual se usaban acaso hace cuatro mil años, con el cual abría un surco que difícilmente se distinguía, en un terreno completamente cubierto de yerbas y pedruscos. No falta quien me aseguró haber visto más de una vez tirando del arado á un asno y á una mujer, lo cual basta para que se forme idea del estado en que se halla la agricultura en Marruecos. El único abono que emplean para mejorar el suelo es la ceniza de los rastros que queman en cuanto han terminado la siega; y el único medio de que se valen para no esterilizarlo completamente, consiste en dejar crecer en él la yerba para que la pasten los ganados, en el tercer año, después de haber sembrado trigo y maíz en los dos primeros. Á pesar de esto, el suelo se esquilma al cabo de algunas cosechas y con este motivo los campesinos errantes se trasladan á otro punto, donde desmontan los terrenos, que á su vez abandonan para volver á los primeramente cultivados, con lo cual sólo se halla á la vez reducida á cultivo una parte insignificante de las tierras de labor; de aquellas tierras que siquiera mal cultivadas, dan el ciento por uno de la semilla que en las mismas se entierra.

La excursión más agradable fué la que hicimos al cabo Espartel, el *Ampelusium* de los antiguos, que forma la extremidad noroeste del continente africano; un monte de roca gris, de trescientos metros de altura, cortado á pico sobre el mar, y que tiene abiertas en la parte inferior, acaso de tiempo inmemorial, vastísimas cavernas, la mayor de las cuales constituyó un templo consagrado á Hércules: *specus Herculi sacer*. En la cima de dicho monte levántase el faro famoso, hace pocos años erigido y sostenido mediante una cantidad consignada en los presupuestos de la mayor parte de los estados europeos. Subimos á lo alto de la torre hasta el punto en que se halla emplazada la linterna que difunde sus rayos á la distancia de veinte y cinco millas. Desde aquel lugar el ojo abarca dos mares y dos continentes: véase al par los últimos confines del Mediterráneo y el inmenso horizonte del Atlántico, el mar de las tinieblas, *Bar-ed-Doima*, como lo apellidan los árabes, que azota la base del peñasco. Distinguese la costa española desde el cabo de Trafalgar hasta el cabo de Algeciras; la costa mediterránea de África hasta los montes de Ceuta, los *septem fratres* de los romanos; y á lo lejos, confundido entre la bruma, el enorme peñón de Gibraltar, centinela eterno de esa puerta del viejo

continente, término misterioso del mundo antiguo, convertido en *Fábula vil al navegante osado*.

En estos paseos raras veces encontrábamos transeúntes: si acaso, eran árabes á pié que pasaban á nuestro lado sin mirarnos siquiera, ó algún moro á caballo que debía ser personaje de importancia ó por la posición que tenía ó por el cargo que desempeñaba, á juzgar por el número de criados armados que le daban escolta, que al emparejar con nosotros nos saludaba afectuosamente. Las mujeres ponían en ocultar el rostro más cuidado, si cabe, que en la ciudad, ora embozándose, ora volviéndonos bruscamente la espalda. A veces algún árabe se paraba delante de nosotros, nos miraba fijamente, murmuraba alguna palabra en tono de súplica, y después seguía adelante sin volver la cabeza. Al principio no comprendíamos lo que aquello significaba; mas luego supimos que nos rogaban que pidiéramos á Dios se dignara concederles una merced. Entre los árabes está muy extendida la creencia de que las preces de los musulmanes son por demás agradables á Dios, por cuya razón, á fin de disfrutar de ellas, se complace en retardar la concesión del favor solicitado; en tanto que molestándole en gran manera la súplica de un infiel, de un perro, cristiano ó judío, para evitarse el disgusto que con ella le causan, se apresura á concederles cuanto le piden. Las únicas caras amigas que encontrábamos, pertenecían á muchachos hebreos, que montados en asnos jugaban á los soldados, de una á otra colina, y nos saludaban con un alegre *Buenos días, caballeros*, cuando pasaban galopando á nuestro lado.

No obstante la vida desusada y llena de emociones desconocidas que llevábamos en Tánger, estábamos impacientes por ponernos en camino, deseosos de hallarnos de vuelta antes del mes de junio, en que comienzan los grandes calores. El encargado de negocios había expedido un correo á Fez para anunciar que la embajada se hallaba dispuesta; mas antes que regresara debían transcurrir lo ménos diez días. Noticias particulares anunciaban que la escolta se había puesto en camino: otras expresaban que no había salido aun de la capital: en resúmen, todo eran nuevas vagas y contradictorias, cual si aquella suspirada Fez, en lugar de hallarse á doscientos veinte kilómetros, se encontrara á dos mil millas de la costa. En cierto modo esta incertidumbre aumentaba el interés, pues merced á ella, la breve excursión de escasos quince días, tomaba en nuestra fantasía las vastas proporciones de un viaje de extraordinaria duración, y Fez todo el atractivo de una ciudad misteriosa, contribuyendo no poco á ello, lo que nos referían cuantos habían formado parte de otras embajadas, así respecto de la ciudad y sus habitantes, como de los peligros del viaje.

Contábanos unos que se habían visto rodeados por miles de jinetes, que les saludaron con descargas cerradas á quema ropa, con grave riesgo de dejarles ciegos; que oyeron silbar las balas al pasar rozando sus sienas, añadiendo que á nosotros los italianos probablemente nos alcanzaría á la cabeza alguna de las muchas que irían dirigidas á la cruz blanca de nuestra bandera, puesto que en aquel signo no podían los árabes ménos que ver un grave insulto inferido al Profeta. Otros nos hablaban de los escorpiones, las culebras y las arañas venenosas; de las nubes de langostas, insectos y sabandijas de toda clase con que topáramos ya en medio del camino, ya en el interior de las tiendas. No faltaba quien nos describiera con lúgubres colores la entrada que nos esperaba en Fez, en medio de un torbellino de jinetes, obligados á marchar entre una apiñada muchedumbre hostil, á lo largo de calles cubiertas, oscuras y

llenas de carroñas é inmundicia. Y por último existía quien trataba de embellecer el cuadro de nuestra permanencia en Fez, con el anuncio de melancolías irresistibles, disenterías insoportables, romadizos persistentes, mosquitos monstruosamente feroces, comparados con las cuales eran tortas y pan pintado los que en nuestro país se estilan, y por fin y remate una nostalgia capaz de acabar con nosotros; á cuyo efecto y para más convencernos, se citaba el caso de un pintor jóven, de Bruselas, que fué á Fez con la embajada belga, el cual al cabo de una semana de permanencia en la ciudad sintióse acometido de tan intensa tristeza, que el embajador, para evitarse el poco agradable espectáculo de verlo morir, no tuvo más recurso que enviarlo de nuevo á Tánger á marchas forzadas. Y era verdad. Como se ve, las noticias no tenían de agradable gran cosa que digamos; pero con todo esto sólo servían para acrecentar nuestra impaciencia y poner espuelas á nuestros deseos. Por lo que á mí toca puedo decir que me acordaba riendo de cierta amenaza irónica, que me hizo mi madre, despues de haber intentado inútilmente hacerme desistir de mi viaje á Marruecos, poniéndome por delante el espantajo de las bestias feroces. — Bien considerado, puede que tengas razon: ¿qué importa el ser devorado por una pantera? ¡Probablemente se ocuparán de ello los periódicos!

Dados los antecedentes que preceden, fácilmente se comprenderá el efecto que en nuestro ánimo experimentamos el dia en que sentados á la mesa, vimos aparecer por la puerta del comedor al señor Salomon Aflalo, segundo dragoman de la Legacion, que con voz sonora y mesurada dijo:—«Acaba de llegar la escolta de Fez.»

Con la escolta habian venido tambien los caballos, los mulos, los camellos, los palafreneros, las tiendas, el itinerario prescrito por el Sultan y el anuncio de que se podia partir.

Sin embargo, era indispensable conceder algunos dias de reposo á los hombres y á las bestias.

Éstas habian sido alojadas en la alcazaba. Al otro dia fuimos á visitarlas. Eran cuarenta y cinco caballos, comprendidos los de la escolta; unas veinte mulas de silla, y más de cincuenta de carga, á las cuales fueron más tarde agregadas otras muchas, alquiladas en Tánger. Los caballos eran pequeños, pero fuertes como todos los de Marruecos, y las mulas robustas y poderosas: las sillas y los bastes iban cubiertos de paños rojos, y los estribos estaban formados por una larga plancha de hierro replegada á ambos lados, de suerte que pudieran sostener y abarcar todo el pié, y servir al par de acicate y de defensa. Aquellas pobres bestias estaban no sólo rendidas, sino materialmente acabadas; más bien que por exceso de fatiga, por escasez de alimento, cuya mayor parte, como de costumbre, habia sido transformado en metálico por los conductores.

Vimos allí algunos de los soldados de la escolta, que se acercaron y comenzaron á hablar, procurando darse á entender por medio de signos, para que comprendiéramos que el viaje habia sido muy penoso, que habian experimentado mucho calor y no poca sed; pero que gracias á Alá habian llegado sanos y salvos. Habíalos negros y mulatos; vestían el blanco alquicel, y eran todos altos, fornidos, resueltos y animosos, habiendo en su mirada y en su expresion un no sé qué de poco tranquilizador, que más de una vez nos hizo pensar en que no habria estado de más, por lo que pudiera acontecer, una segunda escolta interpuesta entre nosotros y la que para nuestra seguridad nos enviaba el emperador. En tanto que mis compañeros gesticulaban, buscaba yo

entre las mulas la que ofreciera más claros indicios de generosidad y mansedumbre, y como la encontrara, á mi parecer, en una blanca, manchada en el lomo, diputéla por mia, para durante la expedicion, determinado á confiarle mi importante persona, quedando desde aquel instante hasta la vuelta, unidas á aquella silla, todas las esperanzas de la literatura italiana en Marruecos.

Desde allí nos trasladamos al Zoco de Barra, en cuyo punto habian sido levantadas las tiendas principales. Puedo asegurar que experimentamos un gratisimo placer á la vista de aquellas casas de lienzo, debajo de las cuales debíamos dormir durante treinta noches en medio de soledades desconocidas; y ver y sentir desde su interior tantas cosas admirables; y bosquejar, quien una carta geográfica, quien una relacion oficial, quien un cuadro, quien un libro, formando juntos una diminuta Italia, peregrinante á través del imperio del Scheriff. Las tiendas tenían la forma cilindrico-cónica; algunas tenían dimensiones suficientes para dar cabida hasta á veinte personas, y todas eran altísimas, de lienzo recio recamado de arabescos y rematando en su parte superior en una gruesa esfera metálica. En su mayor parte pertenecían al Sultan, y por consiguiente no era aventurado sospechar que debajo de las mismas habian dormido innumerables bellezas de su serrallo en sus viajes de Fez á Mequinez y de Mequinez á Marruecos. En uno de los ángulos del campamento veíase un grupo de los soldados de la escolta, y delante de éstos un personaje desconocido que aguardaba al ministro. Era un hombre que frisaba en los treinta y cinco, de majestuoso semblante, mulato, corpulento, con un gran turbante



El general Hamed-Ben-Kassen-Buhamei, comandante de la escolta.

blanco, capa azul turquí, calzon rojo, y una gumia, con vaina de cuero y puño de asta de rinoceronte. Como

llegara el ministro al cabo de breves instantes, púsose á sus órdenes. Era el jefe de la escolta; un general del ejército imperial, llamado Hamed - Ben - Kassen - Buhami, que debía acompañarnos á Fez y á nuestro regreso á Tánger, y responder con su cabeza al Sultán, que nada malo nos acontecía. Estrechónos afectuosamente la mano, y nos hizo decir por el intérprete que se prometía un viaje venturoso. Su aspecto y sus maneras me tranquilizaron completamente respecto de los temo-



BISEO

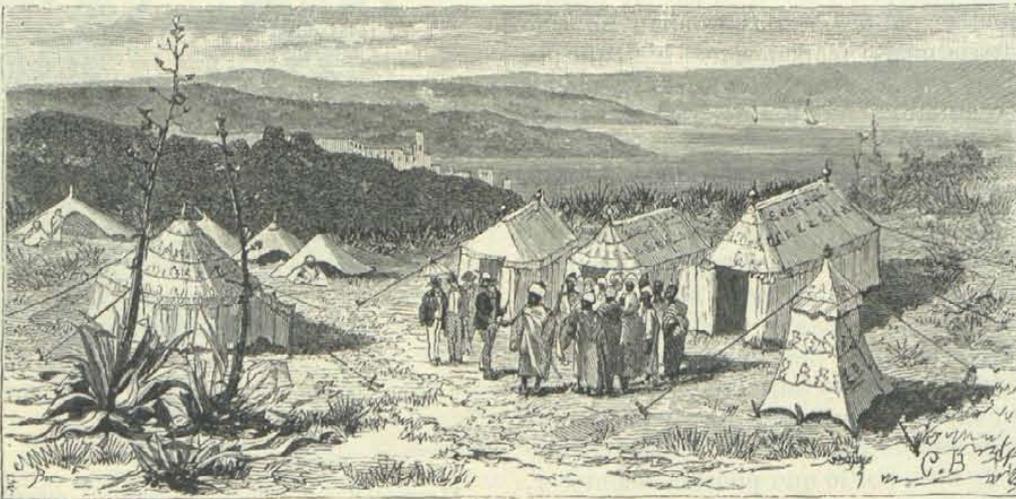
Excursion al cabo Espartel.

base la convicción de que había de resultar un campamento bellissimo, y esto producía en mi ánimo algo semejante á comezon irresistible de furor descriptivo. El día siguiente, el encargado de Negocios, acompañado del comandante de fragata y del capitán, fué á visitar al representante del gobierno imperial Sidi-Bargas, que desempeña en cierto modo el oficio de ministro de Nego-



Las bestias de la caravana.

los más cumplidos generales del ejército, toda vez que el ministro de la guerra le había confiado personalmente el desempeño de aquella comisión delicada. En su presencia se hizo la distribución de las tiendas. Concedióse una á la pintura: de la más grande después de la destinada al embajador, tomamos posesión el comandante de la fragata, el capitán de estado mayor, el vice-cónsul y yo, comprendiéndose desde



Tiendas y soldados de la escolta.

luego que había de ser aquella la más regocijada del campamento. Otra grandísima fué destinada á comedor.

Después se determinaron las que debían ocupar el médico, los intérpretes, los cocineros, los criados y los soldados de la Legación. El comandante y los de la escolta tenían las suyas, á todas las cuales se presentía que se agregarían otras el día de la partida. En suma, abrigábase la convicción de que había de resultar un campamento bellissimo, y esto producía en mi ánimo algo semejante á comezon irresistible de furor descriptivo.

El día siguiente, el encargado de Negocios, acompañado del comandante de fragata y del capitán, fué á visitar al representante del gobierno imperial Sidi-Bargas, que desempeña en cierto modo el oficio de ministro de Nego-

cios extranjeros en Tánger. Yo me agregué á la comitiva. Tenía curiosidad de ver de cerca un ministro de Negocios extranjeros, que por todo estipendio, incluso los gastos de representación, en el supuesto de que no hubiesen cambiado las cosas de veinte años acá, cosa por otra parte poco probable, recibe de su gobierno setenta y cinco pesetas al mes, sueldo que con ser como se ve, por todo extremo

insignificante, es superior al del gobernador, que sólo disfruta el de cincuenta pesetas. Y no se crea que para el desempeño de dicho cargo sirva cualquiera, ni que esté libre de compromisos: nada menos que esto. El famoso sultan Abd-Er-Rahman, por ejemplo, que ocupó el trono desde 1822 hasta 1859, no logró encontrar otro hombre de confianza que Sidi-Mohammed-el-Khatib, negociante en azúcar y café, que no obstante el desempeño del cargo de ministro, continuaba ocupado en el tráfico mercantil que sostenía con sus corresponsales de Gibraltar. Y por lo que dice á los deberes que debe llenar quien lo desempeñe, siquiera sean por demás sencillísimas las instrucciones que el gobierno le comunica, no por esto dejarían de poner en ocasiones en gravísimo aprieto al más ladino diplomático europeo. Para que se comprendan, los detallaremos tales cuales los ha formulado un cónsul francés:—Contestar con promesas á todas las reclamaciones hechas por los cónsules.—Diferir todo lo posible el cumplimiento de las promesas, echando mano de excusas y evasivas.—Ganar tiempo dando largas al asunto.—Suscitar á los reclamantes toda suerte de obstáculos y dificultades.—Disponer las cosas de manera que cansados de reclamar desistan de su intento.—Si amenazan, ceder; pero lo menos que se pueda.—Si en el asunto se mezcla el cañon, pasar por lo que se pida; mas nunca miéntras no haya llegado el momento supremo. Debe consignarse, sin embargo, que las cosas han cambiado mucho desde la guerra de España y especialmente desde el reinado de Muley-el-Hassen.

Traducido del italiano por  
GAYETANO VIDAL DE VALENCIANO

(Continuará).

## ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,

POR

J. RAMBOSSON.

PRIMERA PARTE.

### CAPÍTULO II.

INFLUENCIA GENERAL DE LA MÚSICA.

(CONCLUSION).

Si un género de música tiene el privilegio de provocar el amor, otro género tiene el de aplacarlo. Así lo hemos demostrado en un trabajo leído en la Academia de medicina, y de ello trataremos más adelante.

En la historia moderna encontramos algunos hechos análogos á los que nos ha transmitido la antigüedad. Si Timoteo excita la cólera de Alejandro empleando el estilo frigio y lo calma empleando el estilo lidio, otro estilo musical más reciente produciría tal irritación en Erico, rey de Dinamarca, que en su estado de paroxismo sacrificaba á sus más leales servidores. D'Aubigné refiere una historia muy parecida á la de Timoteo: el músico Claudin, contemporáneo de Enrique III, nada más que ejecutando algunos trozos de música en las bodas del duque de Joyeuse, produjo, con motivos del género frigio, tal furor en el ánimo de un cortesano, que se olvidó de todas las conveniencias hasta el punto de desnudar el acero en presencia del rey; visto lo cual por el artista, se apresuró á calmarle ejecutando otro trozo de música de distinto estilo.

Segun Fétis, el arpa sajona, el instrumento por exce-

lencia de los anglo-sajones, el generalmente empleado por los músicos de profesion y con el cual se acompañaban cuantas personas habian recibido una mediana educacion, hasta el punto que durante las comidas se pasaba de unos á otros comensales, era pequeña y ligera, variando su altura de un metro á 1'33 aproximadamente. Dentro de estas dimensiones, la más pequeña tenia once cuerdas y trece la más grande: la parte inferior de la primera se colocaba entre las rodillas y con la mano izquierda se sostenía el instrumento por medio de un montante en curva, que unía la caja armónica con la parte superior. La mano derecha era la que pulsaba y hacia vibrar las cuerdas. El primer grabado que sigue representa á un rey tocando esa arpa. El manuscrito de



Arpa sajona de once cuerdas (segun una miniatura de un salterio sajón del siglo x, que se conserva en el Museo Británico).



Arpa sajona de trece cuerdas (miniatura de un manuscrito del siglo x, conservado en la universidad de Cambridge).

donde ha sido tomado es un salterio del siglo x, por lo cual es verosímil que el dibujante haya querido figurar al rey David en traje de monarca sajón. El arpa de trece cuerdas parece que se tocaba con ambas manos: colocábase, asimismo, entre las rodillas del profesor, y su inmovilidad se completaba por la presión del brazo derecho que la apretaba contra la parte superior del cuerpo. (Véase el grabado anterior).

### IX.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que un motivo musical, ni más ni menos que un manjar cualquiera, puede ser agradable á ciertas personas y hasta á ciertos pueblos, y no serlo á otros distintos. El plato más exquisito entre los lacedemonios era el potaje negro. Los ancianos, sobre todo, siempre que se servía este plato, rehusaban gustar de los restantes manjares, que abandonaban al mayor apetito de los comensales jóvenes, y reservaban el suyo para comer exclusivamente potaje negro. Cierta rey del Ponto compró un cocinero, esclavo lacedemonio, sin más objeto que el de que le guisara ese manjar. Gustólo, finalmente, y le pareció detestable. —¡Oh rey! díjole el cocinero, para saborear ese manjar, es menester haberse bañado en el Eurotas (1).

Dícese que los persas aborrecen el esturion y los rusos los cangrejos y la alosa; los irlandeses repugnan igualmente las anguilas.

La influencia de las relaciones entre la música y los alimentos es mucho mayor de lo que pudiera creerse á primera vista, segun demostraremos en el siguiente capítulo.

Circunscribiéndonos á la música, hé aquí un hecho

(1) PLUTARCO, vida de Licurgo.

muy curioso contado por F. Arago. Después que se hubieron agotado inútilmente los recursos de la física y de la química y los más curiosos experimentos de las ciencias todas, para destruir las preocupaciones de los musulmanes, se ensayó, defiriendo á los consejos de Monge, atraerse las simpatías de los egipcios utilizando los encantos de la música. «Cierta noche, dice Arago, se situó en la plaza Esbehieh del Cairo una numerosa orquesta, y en presencia de los principales dignatarios y de una numerosa multitud, ejecutó varias composiciones, unas sabiamente instrumentadas, otras sencillas, melódicas, dulces, otras, finalmente, de carácter militar y esencialmente estrepitosas. Vanos esfuerzos: durante el magnífico concierto, los egipcios permanecieron impassibles, tan impassibles como las momias de sus catacumbas. Monge se hallaba visiblemente contrariado.

De repente se dirigió á los músicos, diciendo: «Esos brutos no son dignos del trabajo que os tomáis por ellos; tocadles el *Mambrú*, que no merecen otra cosa.»

El *Mambrú* fué ejecutado, realmente, á grande orquesta, é instantáneamente se animaron millares de semblantes, la multitud se sintió como estremecida de alegría, y tales fueron las demostraciones de alborozo y ligereza, que por un momento se temió que jóvenes y ancianos rompieran las filas y se entregaran á la más frenética danza. Repetido en distintas ocasiones el mismo experimento, produjo siempre idéntico resultado (1).»

¿Cómo se explica este hecho? añade Arago. Apasionarse por el *Mambrú*, y calificar de simple ruido las melodías de Gretry, de Haydn, de Mozart, es una aberración que revela la más completa ineptitud musical.

Y sin embargo, la predilección de los egipcios por el *Mambrú* es susceptible de una explicación que bajo ningún concepto prueba la ausencia de sentido músico en esa nación. Según cierta tradición recogida y comentada por M. de Chateaubriand, resulta que el *Mambrú* es de origen árabe; que este origen se remonta á la Edad Media; que probablemente fué importada esta canción á España y Francia por los soldados de don Jaime I de Aragón y de Luis IX; que debe considerarse como una leyenda cuyo protagonista debió ser cierto oscuro cruzado llamado Mambron; que la letra y música del Mambron era el canto acostumbrado de madame Poitrine para hacer dormir á su régio amamantado, hijo de Luis XVI; y que habiéndole chocado á María Antonieta la canción, se encargó de ponerla en moda por su cuenta. Únicamente por un inexplicable *lapsus* pudo sustituirse al nombre del oscuro cruzado el del general Malborough, que tanta celebridad adquirió en la batalla de Malplaquet. El efecto que produjo en los egipcios el canto del Mambrú se explica de igual suerte que el producido en los suizos por el *Ranz des vaches* y en el recluta breton por aquel otro canto que les recuerda el campanario de su parroquia.

### X.

La música no influye exclusivamente en el hombre, sino que influye asimismo sobre los animales, en más ó en ménos grado, según su organismo. Algunos de ellos son extremadamente sensibles al ritmo: los caballos, por ejemplo, ajustan perfectamente su marcha al compás de la música.

Mucho tiempo hace que se halla comprobada la influencia de la música entre los animales. ¿Quién no recuerda la magnífica descripción que del caballo se hace en el *Libro de Job*, donde se lee: «Escarba la tier-

ra, agitándose y removiéndose, y no puede contener sus ímpetus apénas oye el toque de la trompeta?»

«Cuando la trompeta suena, se encabrita; á distancia huele la guerra, las órdenes de los caudillos y los gritos de triunfo.»

Créese que Job habitaba en Arabia, no léjos de los confines de Caldea, en el siglo XVIII ántes de Jesucristo.

Es muy fácil enterarse de que los perros gimen con-



Educación de los perros por medio de la música.

movidos por los sonos de los organillos; silbando al paso de un lagarto fugitivo, detiéndose de pronto y por poco agradable que sea el motivo silbado, se echa de ver que lo escucha con manifiesta complacencia. En cierta casa de fieras ambulante que recorría las poblaciones de Inglaterra, se encontraba un león, que se sorprendió visiblemente al oír algunas notas ejecutadas en el piano. Apénas el pianista tocó algunas notas bajas, levantóse bruscamente: sus ojos arrojaban llamas; pugnaba por romper sus cadenas; azotábase ambos ijares con la cola y todo él denotaba un acceso tal de furor, que las damas presentes quedaron heladas de espanto. Cesó la música y la fiera se calmó casi instantáneamente. Por lo que al lobo toca, el sonido de un cuerno de caza le es notoriamente desagradable: con suma facilidad se le ahuyenta tocando el contrabajo ó haciendo sonar fuertemente una campanilla. En América, el salvaje que posee el talento de silbar con algun gusto, está seguro de acercarse á la iguana y apoderarse impunemente de este gigantesco reptil, cuya carne dícese ser muy apetitosa. Como los demás animales de la especie sauriana, la iguana se abstrae tanto oyendo una melodía, que frecuentemente se olvida de su propia conservación (1).

Conocida es la especie de encanto que ciertos sonidos producen en las serpientes; por cuyo medio los indos las domestican y hasta se hacen obedecer de ellas. Chateaubriand, ocupándose de esta parte de la influencia de la música, nos ha dejado una página notable que vamos á reproducir. Dice así:

«En junio de 1796 viajábamos por el Alto Canadá en compañía de algunas familias salvajes de la nación de los onontagues. Cierta dia hicimos alto en una gran llanura, en las orillas del Genesias, y observamos que penetraba en nuestro campo una serpiente de cascabel.

(1) Arago, *Biografía de Monge*.

(1) *Cosmos*, 1870.

Hallábase con nosotros un canadiense, tocador de flauta, y para darnos un espectáculo divertido, se dirigió á la serpiente, provisto de su arma de nuevo género. Cuando el soberbio reptil vió acercarse á su enemigo, se enroscó formando espirales, agachó su cabeza, hinchó sus carrillos, contrajo sus labios, descubrió sus envenenados dientes y sus sangrientas fauces: su doble lengua se agitó como una llama se agita al contacto del aire, sus ojos brillaron como ascuas, su cuerpo, que la rabia hinchaba, se dilatava ó comprimía como los fuelles de una fragua; su hinchada piel se puso blanda y escamosa, y su cola, que producía un rumor siniestro, oscilaba con tal rapidez que semejaba un vapor tenue.

»En tal estado el reptil, el canadiense empezó á tocar la flauta. La serpiente hace un movimiento de sorpresa y echa atrás la cabeza. A medida que siente los efectos mágicos del sonido, pierden sus ojos la anterior aspereza, debilitanse los movimientos de su cola y el rumor que ésta produce disminuye hasta extinguirse del todo. Las órbitas de la encantada serpiente pierden la perpendicular de su línea espiral; se ensanchan gradualmente y el cuerpo del reptil se pega á la tierra, formando distintos círculos concéntricos. Su piel temblorosa recobra sus trasparentes de azul, verde, blanco y oro, y volviendo lentamente la cabeza, permanece inmóvil, en la actitud de prestar la más completa y fructuosa atención.

»En este momento, el canadiense adelanta algunos pasos, produciendo con su flauta algunos sonidos dulces y monótonos, y el reptil, inclinando su tornasolado cuello, separa con su cabeza la fina yerba y echa á andar sobre las huellas del músico que la subyuga, deteniéndose cuando éste se detiene, andando cuando éste anda. De esta suerte fué conducida lejos de nuestro campamento, en presencia de una multitud de espectadores, salvajes y europeos, que, á pesar del testimonio de su vista, apenas acertaban á dar crédito á esta maravilla de la melodía. El concurso pidió unánimemente que ningun daño se causara á tan maravillosa serpiente.

## XI.

Buffon se ocupó, igualmente, de la influencia de la música sobre los animales: el elefante, dice, tiene el oído delicado; deléitase percibiendo el sonido de los instrumentos y parece gustar de la música. Aprende con facilidad á medir el compás, se mueve cadenciosamente y hasta une sus rugidos al rumor de los tambores y de las trompetas. He visto, asimismo, algunos perros que demostraban una decidida afición á la música y que abandonaban el corral ó la cocina atraídos por el rumor de cualquier concierto, permanecían en el salón mientras aquel se prolongaba, y en seguida volvían á su natural estancia. De otros sé que han llegado á aprender exactamente el unísono de un sonido agudo que se les había reproducido previamente y con fuerza á su oído. El canto y el silbido animan á los bueyes en sus más rudos trabajos, hasta el punto de pararse desalentados cuando su conductor deja de cantar ó de silbar.

La influencia de la música sobre los animales fué objeto de un estudio oficial, y á continuación insertamos los principales párrafos de la curiosísima relación de

ciertos experimentos ejecutados en el Jardín de Plantas de Paris, á principios del corriente siglo:

«El día 10 pradiel, año VI, dióse á los elefantes del Jardín de Plantas un concierto cuyo resultado vamos á explicar. Tomaron parte en él MM. Rousseau hermanos, Adriano el mayor, Guichard, Chol, Chlart, Devienne, Meitioffer, Félix, Delcambre, Frédéric, Lefebvre y Veillant, todos distinguidos profesores y muchos de ellos individuos del conservatorio de música. La orquesta se hallaba colocada donde no pudiera ser vista de los ele-



Juglares exhibiendo un oso y un mono. (Copia de la miniatura de un manuscrito del siglo XIII, que se conserva en el Museo Británico).

fantes, en una galería encima de las jaulas y dispuesta en torno de una trampa que se abría en el momento de tocar una pieza. En cuanto á los dos animales objeto del experimento, llamábase el macho Hanz y la hembra Margarita, y á propósito se les dejaron expeditas las dos estancias que componían su habitación, de suerte

que pudieran pasar libremente de la una á la otra. Cuando todo se halló preparado, y en medio del más profundo silencio, levantóse la trampa sin producir ruido y empezó el concierto por un trio de motivos ligeros y variados que ejecutaron dos violones y un bajo, en *si mayor*, de carácter moderado.

»Apénas se percibieron los primeros acordes, Hanz y Margarita, prestando atención suma, cesaron de comer las golosinas que les daba su domador, y se dirigieron hácia el sitio de donde parecía llegarles la música. La trampa abierta encima de su cabeza, los raros instrumentos, de los cuales sólo distinguían las extremidades, los hombres que permanecían como suspendidos en el aire, la invisible armonía que parecían querer palpar con su trompa, el silencio de los espectadores, la inmovilidad del domador, todo, en una palabra, ha parecido causarles la mayor curiosidad, el mayor asombro, la mayor inquietud. Han estado dando vueltas alrededor de la trampa, dirigiendo su trompa hácia la abertura y levantándose de cuando en cuando sobre sus piés traseros, yendo á veces al domador cual si solicitaran sus caricias, otras veces retrocediendo con recelo, contemplando con extrañeza á los espectadores y como temiendo que se les tendiera un lazo. Pasaron estos primeros instantes de sorpresa, y entónces abandonándose sin recelo alguno á los encantos de la música, manifestaron no apercibirse de otras sensaciones que las causadas en ellos por los instrumentos. Este cambio se hizo más sensible al final de cierto trio que los ejecutantes terminaron con el motivo bailable en *si menor* de la *Ifigenia en Táurida*, de Gluck, música de carácter salvaje y fuertemente acentuada, que les ha comunicado toda la agitación de su ritmo. Por su manera de andar, ya precipitada, ya calmada; en sus movimientos ora bruscos, ora blandos, hubiérase dicho que venían atemperándose á las ondulaciones del canto y del compás: frecuentemente mordían los barrotes de su jaula, los estrujaban con su trompa y los doblaban apoyando contra ellos el peso de su cuerpo, cual si el ámbito de que disponían hubiera sido estrecho para sus impulsos y hubieran querido ensanchar sus límites. De cuando en cuando proferían agudos gritos ó terribles aullidos.

»—¿Son de cólera ó de alegría? preguntóse al domador.

»—No se han incomodado, ciertamente, contestó éste.

El estado de las fieras se calmó, ó más bien cambió de objeto, al ejecutarse el motivo: *O ma tendre musette*, por el solo contrabajo, sin acompañamiento alguno. La sencilla y tierna melodía de esta romanza, realizada por el melancólico sonido del contrabajo, obró en ellos como un encanto. Daban algunos pasos, se detenían para escuchar la música, colocábanse debajo de la orquesta, agitaban blandamente las trompas y parecían aspirar amorosas sensaciones. Es de notar que durante la ejecución de ese motivo, no han lanzado un solo grito; sus movimientos han sido lentos, mesurados y cual si participasen de la molición del canto...

Esta escena muda se convirtió en otra de carácter violento y desordenado, al prorumpir la orquesta en las melodías alegres y acentuadas del *Ca ira*, ejecutado por todos los instrumentos. A juzgar por sus trasportes, por sus rugidos de alegría, ya graves, ya agudos, pero siempre variados en sus entonaciones; por sus aullidos, idas y venidas, hubiérase dicho que el ritmo les empujaba, les espoleaba y les forzaba á marchar á su compás. Felizmente la magia invisible que tenía el poder de excitar su cólera, tenía asimismo el de apaciguarla, y la dulce armonía de dos voces humanas, cantando un *adagio* de la ópera de Dardanas, calmó la violencia de sus trasportes.»

Todas esas influencias de la música, al parecer misteriosas, al igual que la serie de los fenómenos que aquellas producen, se explican perfectamente por el principio de la trasmisión y transformación del movimiento en distintas condiciones, de que nos hemos ocupado al principio de este capítulo.

Traducido del francés por  
MANUEL ANGELON.

(Continuará).

## EGIPTO

EN IMÁGEN Y EN PALABRA,

POR

JORGE EBERS.

ALEJANDRÍA MODERNA.

(CONCLUSION).

Si por un momento llegamos á figurarnos que estando



Palmeras.

en Alejandría, nos encontramos realmente en el Oriente, el momento que sigue nos recuerda la Europa, y no está muy lejano el tiempo en que, en esta ciudad, borrarán la vida occidental el último vestigio de la vida oriental. Empero, sólo dos cosas características, pertenecientes, la una al reino de las plantas, y la otra al reino animal, esto es, la *palmera* y el *camello*, le conservarán á Alejandría su carácter oriental, aun cuando haya desaparecido de su recinto el último minarete de la última mezquita, cosa que tanto abunda en este sitio.

El que recuerde el Egipto no puede menos de pensar también en sus palmeras, esos nobles árboles con sus troncos esbeltos y filamentosos que se levantan como columnas con la umbrosa corona que se extiende como un techo protector, hermosas hijas de la tierra de Oriente

que realzan la tierra fructífera, y rompen que es un consuelo la uniformidad del desierto, bajo cuya sombra se descansa tan agradablemente, cuyas coronas mueve el viento más ligero, y á cuyos pies, donde forman bosquecillos, juguetea la luz constantemente con la sombra. A donde quiera que haya penetrado el Islam, le ha seguido siempre este árbol, de quien dijo Mahoma:



HERO Y LEANDRO.

(Véase la página 222).

rápido: nuevo obstáculo atajó nuestros pasos, obstáculo que nos descifró el enigma, es decir, nos puso de manifiesto el motivo de las idas y venidas del campañol. La galería estaba inundada, hecho que se explicaba perfectamente bien por la naturaleza del terreno, consistente en una greda compacta é impermeable: probablemente el agua era debida á la lluvia torrencial que se desencadenara durante una de las noches pasadas. Ante aquella barrera, todos nos miramos asaz perplejos.

—Si continúa el declive, dijo la araña, es indudable que á poca distancia de aquí el agua toca á la bóveda; mas si en lugar de haber declive la galería vá subiendo, entónces tal vez podríamos franquearla.

—Paréceme, objeté, que si ha podido pasar el campañol, nosotros podremos hacer lo mismo. ¿Qué opinais, amiga mia?

—Decís bien: si ha pasado el campañol; pero esto no está demostrado.

—A haber retrocedido, nosotros le viéramos.

—¿Y quién nos dice que no haya vuelto atrás miéntas estábamos metidos en el corredor de la izquierda? Sea como fuere, quiero asegurarme por mí misma. Esperad.

La araña tendió un hilo por encima del agua en dirección á la bóveda, y pronto la vimos agarrarse á él y desaparecer en medio de las tinieblas.

Trascurrió un buen rato ántes de que volviera. Al reaparecer, dijo:

—Se puede pasar; más adelante la galería vá subiendo. En el centro tendremos alguna dificultad, pero es practicable: hé aquí lo esencial. ¿No os intimida la humedad?

—No por cierto, respondimos.

—¿Y vos, Lampiro, nada temeis por vuestro fanal?

—¡Cá! está á prueba de agua.

—Entónces todo vá bien. Hé aquí como nos las pondremos: vos, amigo Lampiro, instalaos sobre el lomo del grillo y no os movais, suceda lo que suceda. Al grillo le ataré un hilo alrededor del pescuezo, y á una señal mia se meterá en el agua hasta media pierna; lo demás corre de mi cuenta. Un aviso importante: cuando floteis sobre el agua, amigo grillo, cuidad de encoger vuestras patas, para que éstas no queden pegadas á las paredes del corredor, pues de lo contrario podria romperse el hilo que os sujetará y esto nos meteria en un atolladero.

Todo se hizo segun las instrucciones de la araña. En seguida ésta se suspendió al hilo que habia tendido á lo largo de la bóveda, y dada la orden de avanzar, yo penetré en el agua y fui andando hasta que me faltó el suelo; entónces encogí mis patas y retuve el aliento. El movimiento del agua indicábame que íbamos adelantando en nuestro camino, remolcados por la araña. Hubo un momento en que creí irme al fondo y quedé inmóvil: parecióme que el hilo se habia roto, lo cual me llenó de espanto. Por fortuna mi ansiedad fué de corta duracion, pues noté que el hilo volvía á arrastrarme, y poco despues me encontré fuera del líquido elemento.

—¿Qué ha sucedido durante la travesía? pregunté á la araña. A veces creí que no llegaríamos á la orilla opuesta.

—Sucedió que se aflojó una parte del hilo tendido en la bóveda, y que yo caí al agua; pero pude encaramarme otra vez, y estamos en salvo.

Miéntas tanto la luciérnaga, cuyo fanal al parecer estaba intacto, examinaba el terreno.

—Tambien ha salvado el obstáculo el campañol, dijo. Hé aquí sus huellas; son muy visibles.

Desde el sitio en que nos encontrábamos, la galería iba subiendo.

—He notado, observó la araña, que en el punto inundado la bóveda del subterráneo es de piedra, y sin duda por esto el topo vióse obligado á abrirse paso por debajo.

Nuevamente habíamos emprendido nuestra carrera. Las huellas del campañol nos hacian esperar que el camino estaba libre; así es que adelantamos contentos.

La esperanza no tardó en trocarse en certidumbre. Al cabo de algunos minutos vimos que la galería desembocaba en un vasto subterráneo alumbrado por la luz diurna. Era aquello una conejera, cuya abertura veíase



á pocos pasos. Poco tardamos en estar afuera, y no sin la más profunda alegría saludamos al rey de los astros, que brillaba espléndidamente sobre nuestras cabezas, en un cielo sin nubes.

Traducido del francés por  
MARIANO BLANCH.

(Continuará).

## EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Mar y Tierra.

(CONTINUACION).

IV.

Variado es el marco que presentan las playas y costas que encierran estos océanos. Arenosas y estériles ó risueñas y frondosas las primeras, ya ofrecen el aspecto de la soledad y de la muerte ó bien el de amenos verjeles cuya variada vegetacion hechiza la vista ó alegra el corazon. Las segundas, ora escarpadas, sembradas de peñascos ó cortadas perpendicularmente, como se observa á menudo en Bretaña, en Noruega y en Escocia; ora ceñidas de enormes rocas, formando muchas veces verdaderos laberintos de islas, precipicios horribles, escollos más ó ménos manifiestos en los que muchas veces sucumbe irremisiblemente la nave preñada de riquezas, guiada por el más experto piloto. «Si los antiguos navegantes habian colocado sus divinidades más temibles en

cuando al pasar por un punto donde la tierra era asaz blanda, hundióse por completo una de mis patas, faltándome el suelo é yendo á parar, envuelto en los escombros, á una excavacion poco profunda. A la exclamacion que lancé al caer, Lampiro retrocedió y pudimos darnos cuenta de la causa de aquel accidente. Habia caido en una vasta galería que en dicho sitio corria debajo del pasillo, y del que sólo estaba separada por una tenue capa de tierra, capa que se habia hundido bajo el peso de mi cuerpo.

Todos tuvimos una misma idea. Aquella vasta galería era un camino abierto por un topo.

Habia peligro (y en todo caso de nada servia) en detenernos allí; de consiguiente, ayudado por mis compañeras, abandoné la excavacion y proseguimos nuestra marcha.

Nueva contrariedad, y esta vez de más bulto, nos aguardaba á pocos pasos. El pasillo donde nos habíamos aventurado, despues de torcer bruscamente hácia la izquierda, desembocaba en la misma galería de que yo acababa de salir.

Detuvimos nuestros pasos para decidir lo que convenia hacer.

La araña inspeccionaba minuciosamente el sitio donde nos hallábamos, y diríase que reflexionaba.

—Es evidente, dijo al poco rato, que la cigarra no ha abierto su pasillo en la forma que ahora tiene, ni que por gusto le haya hecho terminar en esta galería, la cual indudablemente es de construccion más reciente. Este corredor ha sido cortado, siendo probable que continúa en la pared que tenemos en frente.

La suposicion de la araña, al parecer, no carecia de fundamento. Despues de escuchar un buen rato para cerciorarnos de que nadie rondaba por la galería, bajé á ella y tomé la direccion del pasillo, que en aquel sitio desembocaba bajo un ángulo, examinando la pared en cuestion, pues esperaba que tendria alguna abertura por donde pudiésemos encontrar nuestra salvacion. Mis esperanzas viéronse defraudadas; por lo tanto, apresuréme á comunicar la mala nueva á mis compañeras.

—¡Imposible! exclamó la araña. Vamos á ver: fácilmente podemos darnos cuenta de la direccion de este camino. Amigo Lampiro, os suplico que retrocedais.

La luciérnaga obedeció, y cuando la araña vió que iba á desaparecer detrás de la primera curva, gritóle: «¡Alto!»

La oscuridad más completa reinaba en la galería, excepcion hecha de un pequeño disco luminoso que se dibujaba sobre la pared situada en frente de nosotros.

La araña llamó mi atencion hácia aquella pared.

—Hé aquí, dijo, dónde debe existir la prolongacion de nuestro corredor. Escarbad, amigo grillo.

Inmediatamente puse manos á la obra, pero por más que me esforcé en cavar y sondear el terreno, nada conseguí.

Es probable que allí el corredor formaba un ángulo, confundiéndose con la galería. En tal caso, era inútil cuanto hiciésemos para encontrar una nueva salida, no quedándonos más recurso que seguir la galería, á despecho de los rondadores que pudiesen atajarnos el paso.

Estas reflexiones, que la araña se hacia entre dientes, también asaltaban mi imaginacion.

En aquel momento oimos distintamente pasos rápidos á corta distancia de nosotros, en la misma galería que seguíamos.

—¡Al corredor todos, y aprisa! exclamó la araña pegándose á mi apéndice.

Pero antes de haber llegado al corredor, fui derribado por un animal que pasó disparado como un rayo. Era un pequeño campañol; y si he de juzgar por la celeridad con que huyó, creo que el choque le produjo el mismo terror que á mí.

—¡Vaya un susto! grité. Me figuré que tenia que habérmelas con una musaraña.

—Dejaos de historias y fuera miedo, repuso la araña. Lo mejor que podemos hacer es seguirle, pues mientras no le veamos retroceder, es evidente que no hay obstáculos en el camino y que los topes no nos jugarán una mala pasada. Si el campañol vuelve atrás, ya resolveremos lo que se hace. ¡Alerta, Lampiro!

Llamóme en gran manera la atencion el discreto raciocinio de la araña, é invitando á ésta y á la luciérnaga á que se agarraran de las dos estambrillas de mi cola, para poder avanzar con más rapidez, emprendí nuevamente la marcha al trote, lo cual me permitia la amplitud de la via.

Trascurridos algunos minutos, me detuve para cobrar aliento.

—¿Sabriais decirme poco más ó menos qué hora es? pregunté.

—Hora de almorzar, respondió melancólico y suspirando Lampiro.

Esta era mi opinion; pero faltaba nuestra proveedora, la cigarra. No habia más medio, si queríamos almorzar, que salir de aquel subterráneo interminable.

—¡Adelante, amigos! dije yo; é inmediatamente volví á emprender la marcha, remolcando á mis compañeras.

Poco tardamos en llegar á un sitio donde la galería formaba dos brazos. Nuevamente me detuve.

—No abandonemos las huellas del campañol, dijo la araña; creo que es lo más prudente.

Y mientras hablaba, estaba examinando atentamente el suelo. Luego penetró en una de las galerías, y despues en la otra, y llamando á la luciérnaga, díjola que avivara su luz, á fin de proseguir su exploracion. Noté que mi amiga parecia indecisa.

—¿En qué pensais? la pregunté.

—Es extraño, me contestó: hasta aquí se distingue perfectamente bien la huella del animal; luego, en los dos brazos de la galería se repite y es bastante confusa. Para mí es indudable que el campañol encontró algun obstáculo en uno de los corredores, y que, retrocediendo, se metió en el otro. Todo esto es muy sencillo; pero como no pudo pasar al lado opuesto, cada vez me confundo más y más. Las dos vias que se abren ante nosotros ofrecen señales indubitables de que el campañol las ha recorrido inconscientemente.

—¿Y qué concluís de todo esto?

—No sé qué contestaros.

—¿Por ventura hay algun topo en uno de los corredores?

—No. Si así fuese, el campañol no los habria recorrido dos ó tres veces.

—¿Cómo nos las compondremos?

—A todo evento seguiremos avanzando. ¿Qué mejor partido podríamos adoptar? ¿Quién nos dice que lo que ha detenido al campañol, sea un obstáculo para nosotros? En primer lugar, estamos provistos de luz, y luego, como somos más pequeños, podemos pasar por sitios donde á él le está vedado hacerlo. Tomemos hácia la izquierda, ya que el camino forma pendiente: lo que más nos interesa es acercarnos á la superficie.

Siguiendo el consejo de nuestra directora, marchamos hácia la izquierda, pero pronto tuvimos que retroceder, pues el corredor no tenia salida. Luego nos engolfamos en el otro corredor, que formaba un declive bastante

de maroma. Terminada la operacion, estableció otro hilo paralelo al primero y á cierta distancia, reforzándolo del mismo modo. Se comprenderá con qué interés veria yo trabajar á la araña. Tendidas paralelamente las dos ma-



romas, ocupóse en reunir las por medio de travesaños.

—¡Ah! exclamé, ¡una escala!

—¿Qué pensais de esto? preguntóme mi compañera.

—¡Luminosa idea! Os admiro por lo ingeniosa que sois.

—No debe pesaros, como veis, de que me hayais tenido que arrastrar en vuestra vertiginosa carrera. Amor con amor se paga: la rapidez de vuestras piernas me ha salvado la vida; ahora seré yo quien os libre de una muerte cierta. Lampiro tambien nos es útil, pues sin su linterna no podríamos salir de aquí.

La conversacion no impedía á la araña desplegar extraordinaria actividad en la confeccion de su escala, de suerte que la obra quedó terminada en poco tiempo.

—Ahora, avancemos, dijo con alegría. ¡Ah! ¡un momento! Dejad que primero instale allá arriba á Lampiro: lo mismo tiene ahora que despues, mientras que desde lo alto podrá alumbrarnos con su fanal y al subir vereis mejor donde poneis los piés.

En un santiamen operóse el transporte de la luciérnaga, que se estableció en el realce del tiesto, junto á la

abertura donde terminaba la escala, colocando su linterna de modo que yo viese bien.

Empecé á subir. La araña habia tenido la precaucion de atarme un fuerte hilo alrededor del cuerpo, fijando el otro cabo en uno de los travesaños ó vigas del techo. Mi compañera iba tirando el hilo á medida que yo subia, merced á lo cual llegué con poca fatiga al último peldaño. Al cabo de un rato nos encontramos los tres reunidos sobre el realce superior del tiesto, y dispuestos á penetrar en la desconocida galeria, al cabo de la cual confiábamos encontrar nuestra salvacion.

Muy angosto era el corredor para avanzar de frente. Despues de deliberar un momento, resolvimos que Lampiro iria delante para alumbrarnos; yo le seguiria para apartar los obstáculos que pudiese ofrecer el camino, y la araña constituiria la retaguardia.

—Meditemos bien nuestro plan para no atolondrarnos si se presenta el enemigo, dije á mis compañeras. Vos, epeira (se recordará que nuestra amiga pertenecia á esta familia de las arañas), nada teneis que temer, ya que es imposible que nos veamos atacados á retaguardia. El que nos ataque vendrá de frente; y si esto sucede, Lampiro, ocultaos en seguida detrás de mí. Yo me encargo de sostener la primera embestida, pues soy el que está mejor armado y el más fuerte de los tres: justo es que sea el primero en hacer cara al enemigo.

Tenia mis motivos para prescribir aquel orden de marcha, pero de nada servia participarlos á mis compañeras. Tal vez andaríamos errando por mucho tiempo en aquellas galerias subterráneas, faltos de viveres y sin medios para procurárnoslos; Lampiro, en suma, era un sér débil y las arañas gozan de muy mala reputacion. Verdad es que nuestra compañera apreciaba á la luciérnaga, que le habia salvado la vida cuando tuvimos que huir precipitadamente para no caer en poder del maldito topo, y por mi parte tampoco creia que fuese por egoismo, es decir, para no quedarse á oscuras, que la araña se acordó de Lampiro en aquel horrible trance; pero, lo repito, el hambre es imperiosa y mala consejera tratándose de ciertos individuos, y ¿quién nos respondia

de que pronto no tuviésemos que andar á la greña con nuestra bienhechora por cuestion de estómago?

Colocando á vanguardia á la luciérnaga y á retaguardia á la araña, privaba á ésta de comer, en un momento de distraccion, un acto sensible bajo todos conceptos.

Así convenidos, Lampiro se puso al frente de la columna y penetró en la galeria, siguiéndole yo y luego la araña. Durante algun tiempo marchamos silenciosos. El corredor,

si bien bastante ancho para que anduviéramos cómodamente, no permitia volver las espaldas en caso de ataque: era tortuoso y con altibajos, y á mí me parecia que formaba declive hácia la izquierda, aunque fuese difícil determinar con exactitud su direccion real, á causa de su irregularidad.

Hacia algunos minutos que estábamos andando,





EGIPTO. — Trasquileo de los camellos. — (Véase la página 203).

modernos nos prueba la facilidad con que puede aclimatarse en las regiones que le ofrecen las condiciones de su existencia. Después de la guerra de Crimea, se trasladaron los tártaros con sus camellos á la Dobrucha, region que hasta entónces habia sido extraña para ellos, y no hace mucho tiempo que Kremer los encontró allí perfectamente aclimatados, como que el mismo escritor vió en Galatz carros tártaros, tirados por camellos, que atravesaban el Danubio completamente helado.

En Egipto, no hay carga que no la lleve el camello: tira el arado, hace mover la noria, corre veloz con los beduinos y peregrinos por el desierto, y regala por añadidura á su dueño, su leche y su blanda lana, que lo mismo sirve para tejidos bastos que para tejidos finos y delicados. Muchos camellos hemos de encontrar todavía, y no poco tendremos que contar de los mismos; terminaremos, pues aquí, diciendo que tambien en Alejandria se utiliza muchísimo el camello en todas direcciones. Cerca de Ramleh, á levante de la ciudad, donde se levanta un palacio de verano del khedive, y donde los alejandrinos, en los meses más calurosos, gozan del aire más fresco del mar, están acampadas unas tribus de beduinos que trasquilan á los camellos para vender su precioso pelo á mercaderes y tejedores de la ciudad vecina, en la cual, de todas las ramas de industria de antiquísimos tiempos, sólo subsiste actualmente una, cual es el arte de ejecutar ricos bordados con sus hebras. En tiempo de los califas, esta habilidad se habia llevado á la última perfeccion y producía las obras más admirables; pues es muy sabido que los príncipes europeos sacaban en aquellos días, tenebrosos para Europa, sus vestidos más preciosos del Oriente, y no es ménos sabido que el manto de la coronacion de los emperadores romano-germánicos que se custodia en la cámara del tesoro de Viena, fué bordado por manos árabes, las cuales tuvieron buen cuidado de bordar en él el *tiras*, arabesco que expresaba el nombre y el título de la alta persona que lo habia pedido, todo ello enlazado con arte exquisito; Venecia y Génova sacaban de Alejandria sus telas de seda, y todos los hilos de oro que, en los tiempos caballerescos, tan amantes de las suntuosas vestiduras riquísimamente bordadas, venian del Oriente. En la isla de Chipre se encontraba el depósito de esta mercancia, de la cual consumian una gran cantidad los bordadores de seda alejandrinos. No sabemos si Said-Bajá, el predecesor del khedive, mandó fabricar en Alejandria su magnífica tienda de campaña. Consistía esta tienda en pesadas piezas de seda recamadas de ricos bordados, y era tan grande, que en ella tenian cabida algunos centenares de convidados; y además tenia una altura de más de la mitad del palacio de Berlin. El arte de bordar y el de tejer siguen siendo hoy día los más aventajados del Oriente, dedicándose á ellos hombres y mujeres. Una de las flores más delicadas de la corona lírica de los árabes está dedicada á una muchacha tejedora. La traduccion alemana se debe, como la anterior que hemos citado, al baron de Schack. Ponemos los últimos versos:

Vibran los hilos tenues, cuando su mano airosa  
La lanzadera impulsa en rauda oscilacion,  
Cual del poeta vibra el corazon amante  
Cuando inspirado escribe sus cánticos de amor.

¡Oh! cuando el ondulante tejido se alargaba  
Bajo los dedos mágicos del bello tejedor;  
¡Oh! cuántas veces, cuántas, hube de compararla  
Al Destino que juega con nuestro corazon!

A veces al mirarla velada entre el urdimbre,  
Un corzo perseguido se me antojó tal vez,  
Que huyendo de la cierva, de libertad ansioso,  
Del cazador artero cayó bajo la red.

El arte de tejer está todavía muy adelantado en el Oriente, aunque ha perdido algo, y mucho más todavía, el arte de bordar; pero ambas artes se sostendrán mientras conserven los árabes su afición á suntuosas vestiduras y blandas alfombras, y mientras tengan sus mujeres la pasion de calzar el breve pié con chinelas ricamente bordadas donde asome una perla entre el oro y brille un diamante.

Traducido del alemán por  
ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.

(Continuado).

## AVENTURAS DE UN GRILLO,

POB

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

(CONTINUACION).

### CAPÍTULO VII.

Esfuerzos comunes para salir del mal paso.

La trampa en que habíamos caído parecia que databa de poco tiempo, pues aun conservaban su frescura las raíces que colgaban del techo. El piso era liso y sumamente limpio, viéndose un agujero redondo en el centro. En mi interior decíame que no habia salvacion posible sino por aquel sitio,—á lo ménos para mí,—porque en cuanto á la araña, le era fácil tender un hilo hasta una de las dos entradas de la cortada galería, así como podia llevarse consigo á la luciérnaga. Pero... ¿y el pobre grillo? Pesaba demasiado, y aun suponiendo que el hilo no se rompiese durante mi ascension, como mi organismo no era el más á propósito para semejante tarea, sentíame muy poco dispuesto á probar la aventura.

Así pues, acerquéme al mencionado agujero y empecé á escarbar la tierra que lo tapaba, trabajo que duró muy poco, pues mis uñas encontraron un obstáculo insuperable. Noté con espanto que el tiesto apoyábase en un pedrusco y que no habia medio de buscar la salvacion por el orificio.

—Habeis de haceros cargo, me dijo la araña, la cual no me perdía de vista, que como la ratonera fué instalada para las cigarras, las cuales remueven la tierra con la mayor facilidad, su autor tuvo buen cuidado de arreglarlo todo de modo que las prisioneras no pudiesen escapar por ningun sitio.

—¿Cómo, pues, saldré de aquí?

—Este es asunto mio, prosiguió la araña. Dejadme hacer. Primeramente hagámonos cargo de una cosa: ¿cuál de las dos galerías eligiríais? En cuanto á mí, opino que seria una imprudencia que nos volviésemos á meter en la que acabamos de recorrer, ya que obrando así podríamos caer en las garras del topo. Prefiero la otra, á pesar de ignorar á dónde conduce. ¿Qué decís á esto?

—Opino lo mismo que vos, fué mi respuesta.

—¿Y Lampiro, qué piensa?

—Lo que vosotros. Resolved lo que mejor os plazca; anticipadamente doy mi aprobacion á todo.

—Ya que estamos acordes, manos á la obra sin titubear.

Y al decir esto la araña lanzó un hilo hácia la abertura que habíamos elegido, y asegurando el otro cabo en el suelo, se encaramó para sujetar el de arriba. Luego bajó y subió varias veces, añadiendo siempre un hilo, hasta tanto que juzgó ser bastante sólida aquella especie

sos, y tanto, que todo atentado contra una palmera se consideraría como un pecado mortal.

No hay en todo el Oriente dones más útiles que el camello y la palmera; no hay para ellos cosa que se les pueda comparar; son para ellos una bendición, según su dicho: «La palmera es el camello, y el camello la palmera del desierto.»

Cada una de las partes de este hermoso árbol, desde su raíz hasta su punta, es útil. Su tronco es, en muchos países del Oriente, la única madera de construcción; de su liber se fabrican esteras y cuerdas; de sus ramas se hacen techos, camas, sillas, jaulas y cestos; y bien conocida es la abundancia de alimento nutritivo que ofrecen en el otoño los espesos racimos de fruta, que salen debajo de su corona.

Con cariñoso esmero cuidan los árabes estos árboles preciosos, así el macho como la hembra; y ya los antiguos egipcios llamaban palmera paternal al macho, y palmera maternal á la hembra, y sabían ayudar á la naturaleza esparciendo el polen semilla sobre las flores femeninas.

Así como el suizo en país extraño suspira por sus montañas, suspira también el árabe por sus palmeras. El primer Omíade, fundador en España de la dinastía de su nombre, no acertando á vivir en su nueva patria, donde echaba de menos la flexible y graciosa palmera de su país nativo, se mandó traer de la Siria una pequeña que él mismo plantó en el jardín de su quinta Ruzafa, cerca de Córdoba, y cuidó con exquisito esmero. Su anhelo por el árbol predilecto de su país está expresado con notable sencillez y candor en la composición que él mismo escribió, y que nos ha dado á conocer el conde de Schack en la traducción alemana, de cuya lengua la traducimos nosotros. Dice así:

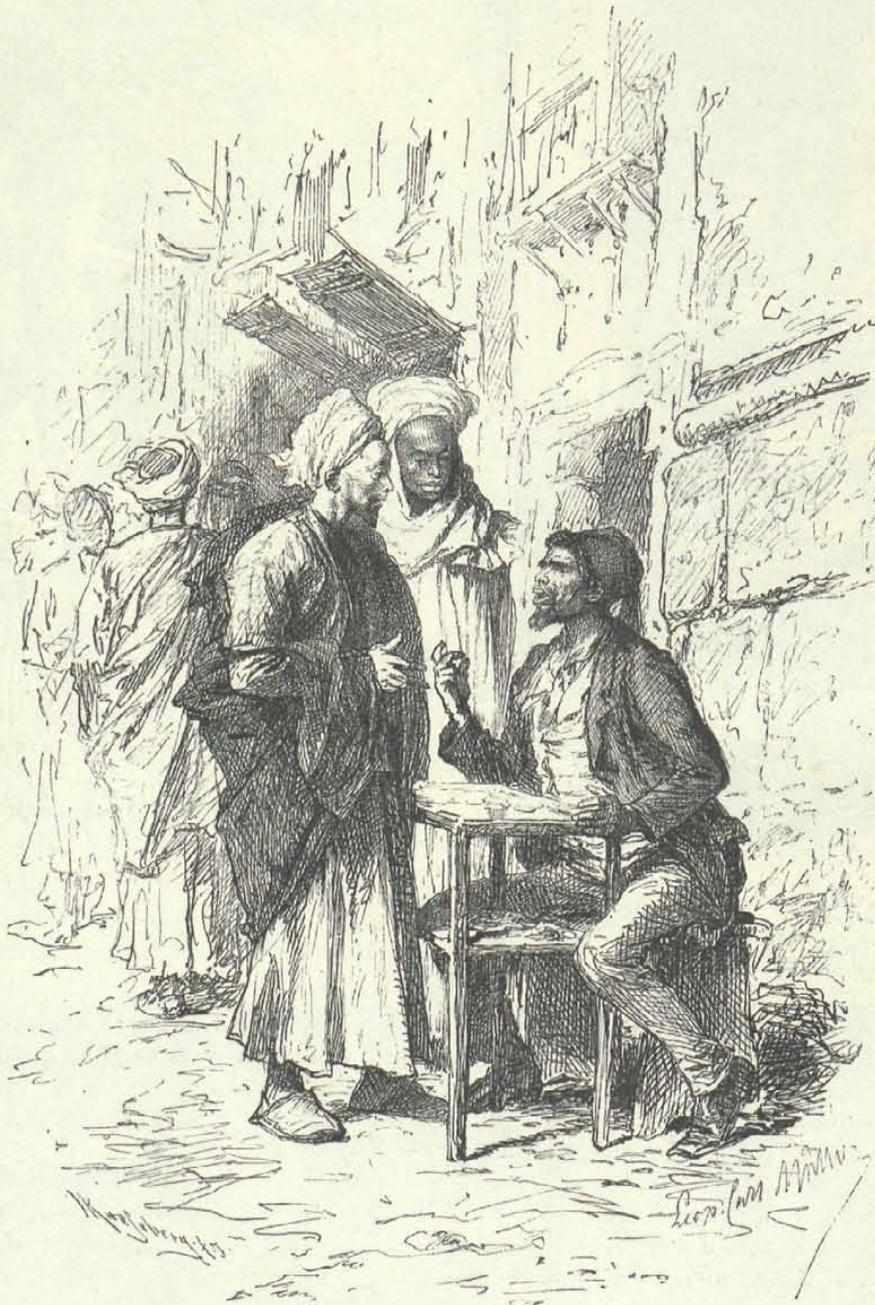
Léjos de tu patria orilla,  
Como yo, en el Occidente,  
Eres Palme, una extranjera  
En este suelo inclemente.

¡Llora, oh Palme!... Mas la muda  
¡Porqué habria de llorar...

Si las penas ella ignora  
Que ocasionan mi penar!

¡Mas ay! Si sentir pudiera,  
¡Cual llorara, en ansia ardiente,  
El perdido sacro Eufrates  
Y las palmeras de Oriente!

En nada piensa; y los míos  
Olvido casi también,  
Des que el odio al hijo de Abbas  
Me ahuyentó de aquel Eden.



Sarraf ó cambista. — (Véase la página 171).

Este árbol, tan lindamente cantado, es la cepa madre de miles y miles de palmeras que se ven todavía en las provincias de Alicante y Murcia, y sobre todo en Elche, y que nada tienen que envidiar á las africanas, cuando un airecillo mueve su copa (1).

No menos difícil nos parece á nosotros, modernos, figurarnos el Egipto sin camellos; y con todo, el sufrido barco del desierto se aclimató relativamente más tarde en las riberas del Nilo. En el tiempo de los Faraoes, no se sirvieron de él, aunque se habla del mismo en antiguos monumentos, y con él tropezaron á menudo los invasores del Asia occidental en sus expediciones. También en lo restante del África septentrional y en el mismo Sahara, que no podemos imaginarnos sin su apéndice el camello, no se sirvieron de él de un modo general hasta después de la era cristiana.

H. Barth ha probado

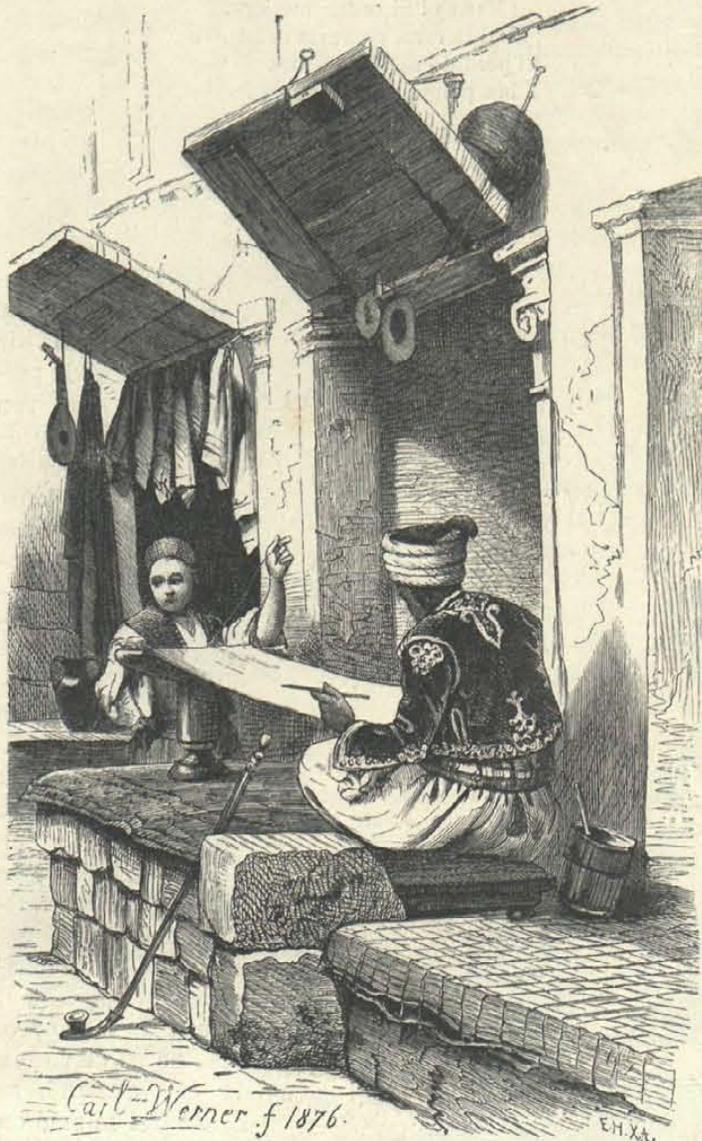
además que tampoco se sirvieron de este animal giboso los traficantes fenicios de Cartago, cuyas caravanas cruzaban el desierto en muchas direcciones.

Con las huestes árabes llegaron á miles á las riberas del Nilo, y siguiéronles otros y otros en sus expediciones contra el Occidente. La historia de los tiempos más

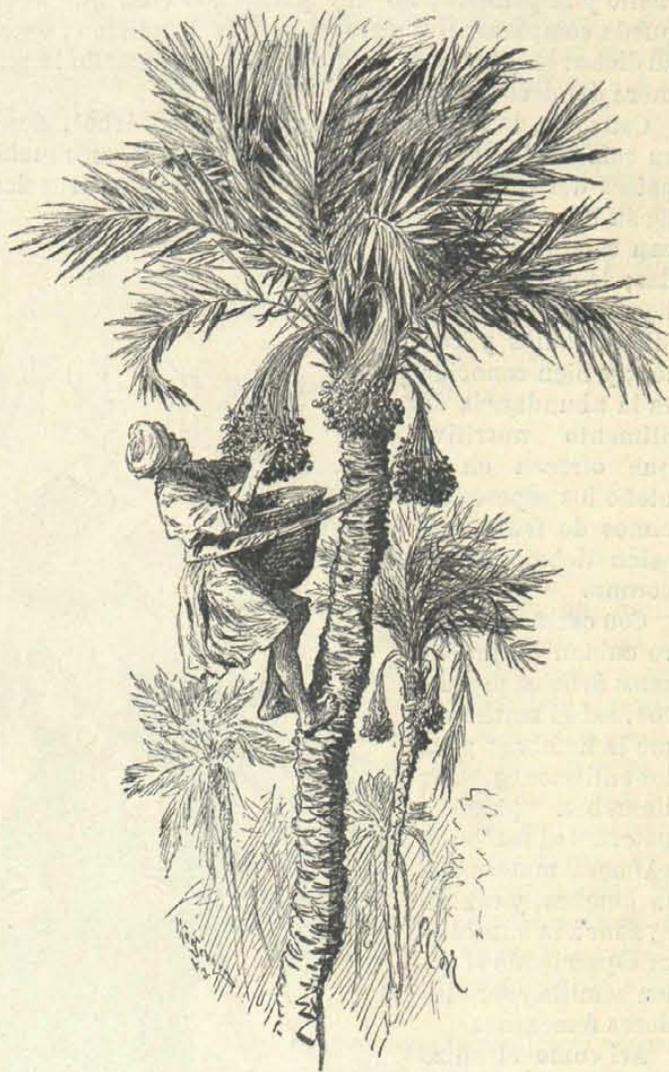
(1) En una huerta situada en la costa poniente á media legua de Alicante, existe todavía una palmera muy nombrada por su rareza, pues consta de un alto y grueso tronco, del cual, como de un eje, salen cuatro robustas ramas que forman otras tantas palmeras tan corpulentas como las vecinas que arrancan del suelo. En cuanto á palmeras, produce el territorio de Elche y de otros pueblos cercanos, Callosa sobre todo, ejemplares tan robustos, productivos y lozanos, como los presenta, al Sur de la cordillera del Atlas, la region patria de las palmeras, llamada Beluchistan, que significa tierra de las palmas. (N. del T.)

«¡Honrad la palmera, que es vuestra tia materna (1), y que del suelo pedregoso del desierto os

abre una rica provision de alimento y bienestar!»  
Como regalo de la gracia divina, con que, segun dicen,



Bordadora de seda.



Cosecha de dátiles.



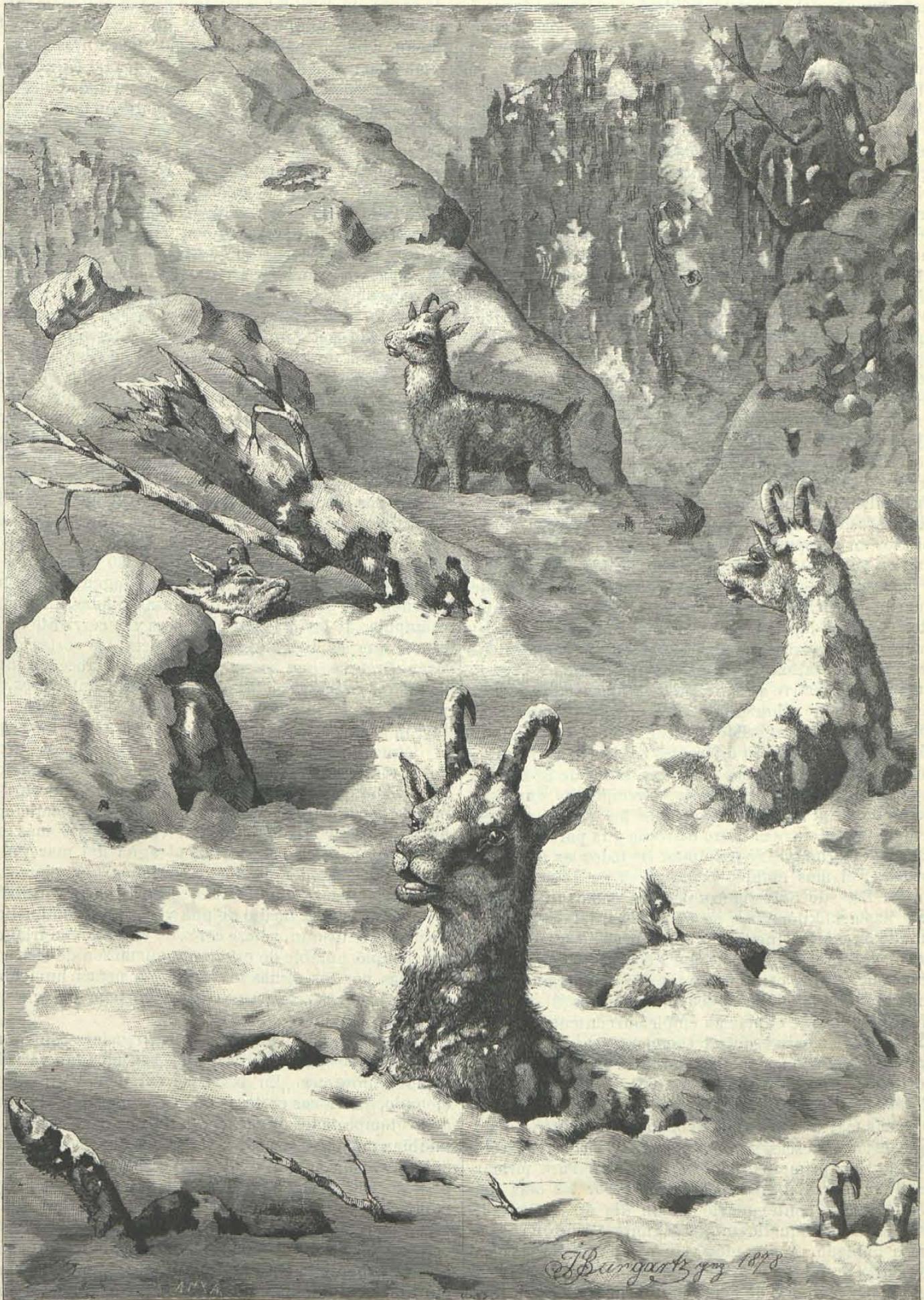
ha favorecido Dios las tierras de sus creyentes, siguen | honrándola entre los mahometanos los hombres religio-



(1) Segun se echa de ver por esta expresion de Mahoma, es, entre los árabes, la tia materna, la más joven naturalmente, lo que es la *teta* para los catalanes; y es muy singular que, más de tres mil años atrás, se usase por los jonios la misma palabra *teta*, casi en idéntico sentido, segun puede T. I. - 26.

verse en la *Iliada*, IV, 412. Pues ¿quién habia de imaginar que en el catalan vulgar se usase esta palabra clásico-homérica, que no tiene equivalente en castellano, ni en otra lengua moderna que sepamos?

(Nota del Traductor).



GAMUZAS ENVUELTAS POR UN ALUD.

(Véase la página 219).

las cimas de las costas más ásperas, no era sin duda tanto á causa del aspecto terrible de las escarpaduras ó tajos que presentan algunas costas, como por el temor de perecer en ellas arrastrados por la tempestad. Júpiter empuñando sus tremendos rayos, tenía un trono en la cima de los montes Acroceraunios, en aquella ruda cordillera marítima del Epiro y la Iliria, la más silvestre, la más inhospitalaria, la más espantosa que puede verse en todo el litoral mediterráneo. Allí también, entre aquellas peñas desnudas, entre aquellas negras rocas erizadas de agudas puntas, esqueletos de montes que alzan al límpido cielo sus angulosas agujas privadas de toda vegetación, se ocultaba la terrible Quimera, acechando á sus víctimas (1).»

De todas las costas azotadas por el mar, no hay otras más escarpadas ni de aspecto más espantoso que las de los *fjords* (2) del Norte de Europa y de América. Aquellas escotaduras para las cuales no existe nombre español, á causa de la ausencia casi completa de semejantes dentaduras en nuestras costas occidentales, son angostas bahías que, bajo la apariencia de verdaderos ríos, cortan profundamente la costa, de modo que dejan entre sí extensas penínsulas peñascosas. Entre estas entalladuras, que doblan en longitud el desarrollo de las costas y dan al litoral una franja de innumerables penínsulas más ó menos paralelas, las unas son bastante uniformes de aspecto y parecidas á enormes fosos abiertos en el espesor del continente; las otras se ramifican en varios *fjords* laterales, que forman del conjunto de las aguas interiores, un laberinto muy intrincado de canales, estrechos y bahías. Los declives que dominan estos sombríos desfiladeros marítimos son siempre acantilados; algunas veces se alzan como muros perpendiculares; y otras, faltos del preciso aplomo, amenazan derribarse. El declive de aquellas escarpadas costas es tal, que el monte de Thorsnuten, situado al Sur de Bergen, á orillas del Hardangerfiord, alcanza una elevación de más de 1,600 metros. En diferentes bahías de la Noruega occidental vense algunas cascadas saltar de lo alto de elevadísimos muros de granito y precipitarse en compacto chorro al mar, de modo que las embarcaciones pueden pasar entre el muro de rocas y la parábola que describe el agua que se precipita. De todos los *fjords* de Noruega, el más notable es quizás el de Lyse, que se abre al Este de Stavanger y penetra como un enorme corte hasta 43 kilómetros en el interior del continente. Aunque en ciertos lugares ofrece apenas 600 metros de ancho, sus muros se levantan á 1,000 y 1,100 metros de elevación, y muy cerca del punto en que arrancan, la sonda no halla fondo hasta 400 ó más metros (3).

Indudablemente el mar ha empleado centenares y millares de siglos para esculpir semejantes acantilados, y diversas revoluciones geológicas, tales como terremotos y diluvios, han contribuido á realizar una obra tan colosal; pero no por esto debe creerse que el poder de las aguas marítimas se haya debilitado en nuestros días, y que estas muescas se hayan podido hacer tan sólo durante las primeras edades del globo. Para formar idea de la fuerza destructiva ejercida por las olas del Océano, basta contemplarle en un día de tempestad, desde lo alto de aquellos muros gigantescos de que ántes hemos hablado. Á sus piés vese el ejército de las olas espumosas precipitarse al asalto de las rocas. Impelidas á la vez por el viento de mar adentro, la marea y la cor-

riente lateral, saltan por encima los escollos y los bancos de arena de las playas y van á azotar oblicuamente el pié de las formidables barreras que se les oponen. Sus choques hacen estremecer los enormes muros hasta su cima y su estruendo repercute en todas las sinuosidades como un trueno incesante. Lanzada en todas las hendiduras de la peña con una terrible fuerza de impulsión, el agua descompone las materias arcillosas ó calizas de aquella, descalza poco á poco las masas marmóreas ó graníticas, ó los cimientos más sólidos, los derrumba ó arranca de cuajo, luego los hace rodar por el suelo pedregoso y acaba por reducirlos á cantos rodados que arrastra de un lugar á otro con aterrador estrépito. Visto por entre el torbellino de hirviente espuma que cubre la playa, únicamente se entrevé la obra de demolición; pero las olas están de tal modo cargadas de los materiales que ha hecho saltar su poderoso ariete, que presentan hasta el horizonte un color negruzco ó terroso.

Cuando la tormenta ha cesado, se pueden medir las usurpaciones ó la presa que ha arrebatado el mar y calcular los millares ó millones de metros cúbicos que ha devorado y transformado en arena, gorriones y guijarros. Á fines del año 1862, durante una de las más terribles tempestades del siglo, el mar derribó un altísimo muro de rocas en las costas del Norte de Francia, de 15 metros de espesor. Desde el año 1100 las aguas de la Mancha, ayudadas por las lluvias y las heladas que obran poderosamente en las capas superiores, han hecho retroceder el estrecho de su nombre más de 1,400 metros ó sean 2 metros por año. Según el sabio ingeniero francés M. Thomé de Gamond, por las causas citadas, añadiendo el impulso de las olas tempestuosas y la corriente de las aguas que se dirige al mar del Norte, las costas de la Gran Bretaña que miran á Europa retroceden unos 25 metros cada siglo. Si, en las edades anteriores, los progresos de la destrucción parcial de la costa no fueron más rápidos, hará unos sesenta mil años que el istmo de unión entre Inglaterra y el continente debió romperse por la presión de las olas. Añadamos á lo dicho que los medios de destrucción puestos en obra, dependen igualmente de diversas condiciones hidrológicas y geológicas; así es que, por más extraño que parezca este aserto, el agua del mar puede también, merced á la acción química que ejerce en ciertos compuestos minerales, destruir los acantilados de sus costas, por medio de una verdadera combustión. Recientemente aun, véase cerca de Valentia, en Irlanda, un ejemplo notable de esta lenta quemazón de las rocas bañadas por las aguas del mar: las peñas humeaban incesantemente como corrientes de lava todavía ardiendo.

Otras veces esta misma acción disgregadora contribuye á dar á las costas peñascosas unos aspectos tan variados como pintorescos. En las islas del mar Báltico, por ejemplo, las rocas cretáceas menos expuestas á la furia de las tempestades que las de la Europa occidental, son también menos escarpadas, y algunos bosques de abetos cubren como con mantos de césped las ruinas y escombros de los derrumbamientos. En otras partes los promontorios, formados de rocas calizas más duras que la creta, no se destruyen cuando sus estratos inferiores son arrebatados por el mar y las olas; lamiendo ó azotando incesantemente la base de aquellas rocas, pueden labrar múltiples columnatas, puertas con arcos, galerías abovedadas, vastas grutas en donde la destilación de millares de gotas de agua, ilumina aquellas misteriosas cavernas con reflejos cerúleos. En otras playas, divididas las rocas en sentido vertical, quedan gradualmente aisladas unas de otras y separadas en grupos distintos por

(1) Carlos Ritter, *Zeitschrift, Rev.*

(2) En inglés *fjord*. Esta palabra, derivada de la misma radical que el sustantivo alemán *fahrt*, cruzado, se aplica á todos los angostos brazos de mar que penetran en el interior de las tierras y que los viajeros deben atravesar en barquichuelo para seguir las sendas del litoral.

(3) *Kusten und Meer Norwegens*, von Vibe, Mittheilungen.

la acción de las aguas. Rodeadas de un mar mugidor, levántanse sobre su base de escollos como soberbias torres, monstruosos obeliscos ó arcos gigantescos de puentes que se derrumban. Tales son las innumerables rocas que dominan las olas en el archipiélago de las islas Shetland y en las Orcadas Negras: enhiestos, robustos, semi-velados por el rocío del mar como por un blanco humo, aquellos restos de antiguos muros justifican el nombre prosáico de *chimney-rocks* (rocas-chimeneas) que los ingleses les han dado. En la costa de la Noruega septentrional, no lejos del círculo polar, se alza, en medio del mar, una roca de más de 300 metros de altura, parecida á un gigantesco jinete, y de ahí su nombre de *Hertmanden*. Pero estos testimonios de la acción corrosiva de las aguas, llega un día en que desaparecen también, si, como dijimos, descansan exclusivamente sus bases en capas de asperón ó cretáceas que el mar roe incesantemente. De ello ofrece un ejemplo la histórica isla del mar del Norte, consagrada un día á Freya, diosa del amor y de la libertad, y que lleva todavía el nombre de Helgoland (Santa-Tierra), compuesto su asiento de los materiales indicados, la cual, condenada á una destrucción inevitable, vá derritiéndose poco á poco en las olas, como se derretiría un inmenso terrón de sal. De ello fueron por fin también testimonios esas islas de que hacen mención algunas antiguas historias marítimas; esos peñascos de formas caprichosas, de nombres no ménos raros, que es fama, al decir de algunos navegantes que escribieron en los siglos medios, que se levantaban en medio de los mares y que hoy fuera en vano buscar siquiera el menor resto de ellos. La acción incesante de las aguas ha acabado por derrumbarlos y arrastrarlos á lo más profundo del lecho de los mares, en donde, por espacio quizás de muchos siglos habían tenido firme asiento y sólida base.

(Continuará).

SANTIAGO A. SAURA.

## ¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO IX.

Al campo del honor.

Lorenza corrió á detenerle. En vano. Cuando ella salió de la habitación, ya abría Martín por sí mismo la puerta de la escalera y sin saludar á la dueña de la casa se lanzaba en la calle.

Como un loco, en verdad, fué andando sin dirección por espacio de media hora, hasta que, efecto de una súbita reacción del pensamiento, se detuvo y volvió al acuerdo de sus ideas.

Quiso entonces mirar friamente la situación; pero la calma era imposible.

El dilema de Lorenza encendía su sangre; y el corazón celoso y el cerebro desesperado se retorcian entre los nudos de su impotencia.

Vencido, humillado su rival, podía Martín arrostrar eventualidades de posición con aquella mujer: siempre tendría aquel título á sus ojos. Pero huir con ella débilmente, vergonzosamente, sin poder ofrecerle otra cosa

que un amor cobarde... Esto no cabía ni en la ciega pasión del joven cuya llama encendía por igual su amor propio y sus celos.

El desafío era, pues, necesario de todo punto.

Así lo comprendió en el momento mismo de oír la apasionada proposición de Lorenza, y así lo comprendía después pensando en esa gran prueba de amor desinteresado y sublime.

—Procedamos ántes como debe un caballero, se dijo. Después, venga lo que venga, está uno en aptitud digna para todo.

Y como el hombre de conciencia justa, que solicitado por encontrados intereses en circunstancias críticas de la existencia, desecha miserables conveniencias personales para atender sólo á los consejos del honor, así Martín se dirigió á ver á sus padrinos guiado por la voz de su honra que le impelia á portarse como un caballero para no desmerecer á los ojos de una cortesana, y á exponer su vida en la flor de su juventud olvidando todo otro género de consideraciones sociales y morales, entre ellas la del amor de su santa madre que no tenía más vida en el mundo que la vida de su hijo!

Entró en casa de Roger, donde quedaron en verse el día anterior, y donde le esperaban éste y Narciso.

—Todo está ya arreglado; mañana á las seis cambiaremos un balazo en la alameda del Besós, profirió al ver á Martín, Narciso Vilafranca, á quien parecía faltar el tiempo para dar cuenta á su apadrinado.

—Muy bien, respondió éste.

—El desafío será á pistola: cuarenta pasos avanzando á voluntad y un solo disparo, añadió Roger.

—No hemos querido consentir en otras condiciones, porque el prójimo parece que tiene ya buen ojo y buen pulso, y por poco que pudiera afinar la puntería...

—¡Pero cuándo lograré yo que hables una sola vez discretamente!... interrumpió Roger á Narciso.

—¿Qué importa? dijo Martín con valerosa indiferencia.

—Tú debiste haber ido al tiro esta mañana, observó Roger.

—No se me ocurrió, respondió Martín.

—Iremos á mi torre de Sans y allí tiraremos toda la tarde.

Martín se avino, y así trascurrió aquel día y, llegada la noche, acudió el mozo á su casa á la hora de costumbre, sin dar que sospechar lo más mínimo á doña Mercedes.

Retiróse el joven á su habitación como de ordinario, y se recogió asimismo en su dormitorio la confiada señora.

Como aquella otra noche permaneció Martín despierto, aguardando el tiempo que calculó necesario para mejor burlar el sueño y la confianza de su madre.

Cuando calculó que ya ésta dormía, salió de su cuarto y de casa de la manera que vimos lo efectuó en aquella otra ocasión.

Pero esta vez, en la calle, el paso de Martín era tardo, no corría como en alas del anhelo del alma enamorada al encuentro de la mujer querida según fué á la cita amorosa de Lorenza: ahora salía, no á gozar con ella, sino á exponer por ella la vida.

La situación, por consiguiente, era bien distinta.

Los juegos del amor serían ciertamente cosa muy divertida siempre si no se jugara en ellos muchas veces la existencia.

El enojo que encendía el pecho de Martín contra el amigo de su amada; los celos que abrasaban su alma, uniéndose su viva llama á los ardores naturales de la juventud; el amor propio ofendido y deseoso de vengarse; la pasión ansiosa de mirarse sola en campo suyo con la mujer amada; todo esto que á un tiempo exaltaba la cabeza y el corazón del joven, no bastaba, sin embargo,



EL PRIMER HIJO.

(Véase la página 224).

á hacerle desconocer la gravedad del lance en que se veía comprometido.

En su rostro se pintaba la situación de su ánimo. Fenómeno natural que se produce indefectiblemente en el hombre, efecto del instinto de propia conservación, que en el idioma llano de la verdad no tiene otro nombre que temor á la muerte, y que experimentan los más valerosos y serenos.

Esa cualidad que llaman valor, consiste exclusivamente en el poder del espíritu para ocultar ó dominar el miedo, que, repetimos, sienten á la muerte aun los hombres á quienes más despreciable parece serles la vida.

Tal vez á poder retroceder decorosamente, Martin lo hiciera; pero ya era cuestión de decoro, de honor, y ¿qué dirían de él la sociedad y el mundo, esto es, amigos como Narciso Vilafranca, mujeres como Eugenia y Lorenza, hombres como Valdés? ¿Qué joven, después de hacer tan mal papel ante esa sociedad, sirve luego para nada? ¿Cómo es posible que ya pueda merecer la consideración de los demás hombres, ser entre ellos un miembro útil, una persona estimable, buen hijo, buen esposo y buen padre de familia? Nada de esto es realmente posible habiendo perdido el honor; y Martin, que miraba comprometido el suyo por causa de una mujer como Lorenza, iba á sostenerlo como un caballero en duelo con el hombre que participaba con él de los favores de su dama!

No se hacia, por cierto, el obcecado joven, estas observaciones como aquí se nos ocurren ó nosotros, saliéndonos al paso del asunto que vamos siguiendo; pero sentía en conjunto la impresión del caso irracional y violento en que se veía, y así andaba lentamente con disgusto profundo en el ánimo y desencantada la imaginación en la cual se presentaba ahora casi oscura, falta de luz, como sombría y helada, la imagen misma de Lorenza.

Encaminóse Martin á casa de Roger.

Allí habia convenido con éste en pasar la noche, para asegurar así mejor su salida por la mañana y no exponerse al ridículo y al descrédito de faltar en su puesto en el campo del honor.

Al amanecer, llamaron á la puerta de la calle y subió Narciso á la habitación.

—Ya he dado orden al cochero que enganche, dijo entrando, á Roger.

—Lo cual ha sido del todo inútil, porque ya le dí yo la mia anoche, respondió Roger consultando su reloj y echando luego una mirada á Narciso, que estrenaba un elegante traje de mañana.

—¿Te gusta? preguntó Narciso.

—Mucho. Tú habrás creído que vamos á dar un paseo con mujeres por la orilla del río.

—No, pero he de ver á las ocho á Anita en las Flores, y como no tendria tiempo de ir á mudar de traje...

Roger pasó al cuarto donde habia alojado á Martin, el cual se hallaba ya en pié y vestido.

Conociásele que no habia dormido en toda la noche. Por lo demás revelaba toda la serenidad que puede exigirse á un hombre en momentos tales.

—¿Vamos ya? preguntó á Roger.

—Tenemos tiempo de sobra, respondió éste, pero si llegamos ántes que ellos, mejor.

—Vamos, pues.

El coche tenia ya enganchados dos magníficos caballos de la cuadra de Roger.

Un criado habia colocado dentro del carruaje una caja, especie de botiquin de campaña, que aquel mandó preparar así que estuvo acordado el desafío.

Subieron los tres amigos al coche, que emprendió la marcha hácia la ex-puerta Nueva, pasando por la plaza

de Palacio donde se detuvo un punto delante de una casa para recoger á un cuarto personaje.

Era el médico de Roger.

A su vista Martin se impresionó, cual si hasta entonces no conociera la gravedad del peligro; pero instantáneamente se rehizo evocando el recuerdo de Lorenza y de su rival odioso.

Llegaron al sitio designado, siendo en realidad los primeros.

Al poco rato llegó el otro carruaje del que se apearon sólo Valdés y sus dos padrinos.

Aquel saludó cortesmente á Martin tendiéndole la mano, y sacando el reloj dijo para alejar toda apariencia de retardo de su parte:

—Se han adelantado ustedes: faltan aun diez minutos.

Saludáronse asimismo los demás y Roger profirió presentando al médico:

—El señor es un facultativo.

—Han sido ustedes más previsores que nosotros, respondió Valdés con humillante indiferencia, aunque haciendo al médico una atenta inclinación de cabeza.

—¡Me estómaga, me revienta ese hombre! dijo en voz baja á Roger Narciso Vilafranca.

—Pues te bates luego con él, y te desahogas. Ahora, circunspección y formalidad.

Elijóse el sitio, cargáronse las armas, midióse la distancia, colocáronse en su puesto los adversarios, á uno y otro lado respectivamente los padrinos, y sonaron á compás las tres palmadas.

Martin está exaltado; sus ojos brillan de coraje, y avanza inmediatamente después de la señal.

Valdés, por el contrario, permanece en su sitio, inmóvil, seco, frio.

Suena una detonación.

Martin se pára, se tambalea y cae.

Valdés arroja la pistola, saluda con la cabeza á los padrinos de su adversario, los suyos le imitan, se dirigen á su carruaje, suben y parten.

## CAPÍTULO X.

Anita Ribera.

Caía Martin bañado en su propia sangre, y á la misma hora se levantaba de su blanco lecho la gentil Gabriela, bañada la risueña fisonomía por la hermosa luz de sus ojos, reflejo de la más alegre mañana de primavera.

No guarda la doncella ni sombra de la inquietud del día pasado, que bastó á desvanecer la presencia y un amable saludo de Martin, y se prepara para verle en las Flores segun costumbre de todos los jueves.

Gabriela se pone al espejo y hace su tocado con la gracia de su rostro vivaracho y movable, y escoge luego de su reducido ropero un vestido de piqué yema pálido adornado de lazos de terciopelo negro, hecho tambien de sus manos con el gusto de la más inteligente modista y sobre todo con el criterio, raro en las mujeres, de que su elegancia no chocara sino que correspondiera por su sencillez y corte á la posición modesta de la doncella.

Salió la joven acompañada de su madre, que era una antigua amiga de doña Mercedes, y estaba de Martin tan prendada como su hija.

Los amores de los jóvenes no habian llegado sin embargo á tratarse formalmente entre las mamás, que guardaban, cada cual por su parte, cierta prudente circunspección, queriendo sin duda dar tiempo al tiempo, aunque ambas se habian manifestado indirectamente su complacencia por la mútua inclinación de sus hijos.

Conocido el carácter de doña Mercedes, excusamos

añadir una palabra más acerca de la educación moral de Gabriela; podemos suponerla cuando la madre de Martín estaba dispuesta á fiar en sus manos la felicidad de éste y la honra de su nombre.

Esperaba á Gabriela en el alegre paseo matutino una amiga de su edad, acompañada asimismo de su madre. Llamábase Anita Ribera, nombre que recordaremos haber oído á Narciso Vilafranca, el cual se confesó, además, enamorado de ella á pesar de los pocos atractivos que, según Roger, la adornaban.

En efecto, Anita debía poco á la naturaleza en punto á dotes físicas. Su semblante carecía hasta de la animación de los quince años; parecía como que sus ojos tuvieran de continuo delante su propia imagen según miraban tristes siempre y apenados.

¿Cómo, pues, se hallaba tan enamorado de ella el hermoso Narciso?

¿Acaso lograron cautivarle los sentimientos de Anita que era en verdad un ángel de inocencia, un corazón todo bondad, todo ternura?

Mal se avendría esto con el carácter que conocemos del vanidoso mozo, tan frívolo de un lado como de otro egoísta y miserable.

Narciso obedecía á otro móvil, que ya también nos indicó Roger, móvil distinto de un afecto generoso, digno y honrado. Anita, según ya ántes oímos, tenía en América un padre dueño de una fortuna inmensa.

Juntáronse las dos amigas en el paseo.

Dieron una primera y una segunda vuelta, y en vano sus ojos giraron impacientes en busca del objeto de su anhelo. Ninguno de los dos galanes había acudido aun á la amorosa cita.

La señorita de Ribera comenzó á sobresaltarse. Temía siempre que se la desviase el que amaba desconfiando de su propio valer para retenerle, y creyendo que no era posible el desden de mujer alguna en presencia de un mozo como Vilafranca.

—¿Sabes que se portan nuestros trovadores? dijo Gabriela un tanto inquieta, pero no con el temor de su amiga.

—¿Qué crees tú? preguntó Anita.

—Yo, por lo que hace al mío, que es un perezoso.

—¿Y respecto del otro?

—¡Ah! eso, mejor debes conocerlo tú misma.

—¿Crees que me ama?

—Te vas á ofender si te respondo como siento.

—No me ofendo: dí.

—Pues me parece que ese jóven es incapaz de amar.

—¡Mujer! ¿porqué dices eso?

—¿Qué sé yo? su manera de hablar es siempre tan fría... tiene un mirar tan monótono y hay tan poco espíritu en su semblante... Perdóname que sea quizá demasiado franca... añadió Gabriela sonriendo: tal vez yo me equivoco...

—Por esas señales, en realidad te equivocas, replicó Anita con cierta complacencia; porque si le vieras á veces á mi lado, hallarías que es totalmente distinto de lo que parece.

Y un ligero carmin tiñó entonces las mejillas de Anita, quizá el rubor de su confesión sincera, quizá la llama de su amor inmenso súbitamente encendida al recuerdo de los amantes extremos de Narciso.

A esta sensación siguió otra de repentina alegría. Sus ojos brillaron con vivo gozo y de sus labios salió trémula esta frase:

—¡Ahí viene!

Entraba Narciso en la Rambla de las Flores, radiante de hermosura, con su traje nuevo hecho al modelo del último figurin de París, con aire de hombre de mundo y mirando como con desdeñosa superioridad al vulgo de

los demás hombres que no venían como él de un lance tan serio cual lo había sido el duelo de Martín.

Y fuera de esa especie de importancia, ninguna otra señal ni de preocupación ni de pena revelaba en él la sangrienta escena á que había asistido. Al regresar á Barcelona había entrado en casa de su peluquero y salido de allí, cepillado y compuesto como un maniquí del escaparate de un almacén de modas.

Narciso se acercó á un puesto de flores y tomó un clavel que colocó en el ojal, pasando luego á saludar á las dos mamás.

La de Gabriela le contestó puramente por cortesía, mientras que la señora de Ribera lo hizo visiblemente complacida.

A los pocos instantes, Narciso profirió:

—Voy, con su permiso, á saludar á esas señoritas.

Y se adelantó poniéndose al lado de su novia.

—He tardado un poco, y lo siento...

—No importa, contestó benévola la buena de Anita.

—A mí me importa mucho, porque tengo por una gran pérdida la de un solo instante que no pueda emplear á su lado de usted.

—Muchas gracias.

—No las dé usted, Anita, á quien eternamente las deberá á usted por el favor inmerecido de haber escuchado su tormento y tenido la generosidad de otorgarle un consuelo.

Anita tocó con el codo á su compañera como diciéndola:

—Escucha y oirás.

Gabriela oía ya sin necesidad de ser advertida, y se mordía el labio llena de coraje por la falta de Martín.

Reflejo del semblante disgustado de la hija era el rostro de la madre.

Hacia algún tiempo que notaba la mamá como una extraña distracción en Martín, y su falta de esa mañana corroboraba en ella sospechas vivas que ya sólo necesitaban descubrir el objeto del desvío del jóven.

—¡Qué simpático es ese muchacho! ¿no es verdad? decía á su vez la señora de Ribera á la mamá de Gabriela mortificándola inocentemente, tanto más cuanto que no era para ella santo de su devoción el tal Narciso bajo ningún concepto.

—Pregúntale por su amigo, dijo á este tiempo Gabriela á Anita en voz baja, no pudiendo ya contener su inquietud.

Narciso se desconcertó un poco al oír la pregunta, y respondió luego:

—Está algo enfermo.

—¿Desde cuándo? le interrogó entonces Gabriela clavando en él escrutadores sus brillantes ojos.

—Desde anoche creo... contestó Vilafranca en tono tan indeciso y misterioso, que obligó á la doncella alarmada á insistir, diciéndole:

—¡No me engaña usted!

—Señorita... profirió Vilafranca.

É inclinándose un poco al oído de Anita concluyó:

—Martín está herido... se lo digo á usted en confianza...

Anita se estremeció.

—Señor... ¡qué pasa! ¡Se explicarán ustedes! exclamó azorada Gabriela.

—Eso, mujer... que Martín está enfermo, balbuceó Anita.

Gabriela se volvió entonces á su madre y la dijo:

—¿Vamos, mamá?

—Sí, sí, vamos: me duele la cabeza y estoy un poco molesta.

No fingía la madre, que se hallaba respectivamente sufriendo como la hija.

Deseaba ésta volar á casa para saber los grados de gravedad de la noticia.

Al comunicarla en el camino á su madre ésta hizo un gesto de incredulidad y profirió:

—Hace dias que no me gusta nada Martin.

Gabriela se abstuvo de replicar; ni siquiera trató de inquirir el motivo de esas palabras de su madre.

Amaba tanto á Martin, que el temor de descubrir una causa real de desvío era superior en ella á la curiosidad misma de mujer y á los impulsos de los celos.

Así habia devorado sola la inquietud profunda en que la puso aquella nocturna escapatoria del mozo, sin decir nada á su madre, y consolándose al otro dia con la más simple muestra de cariño del jóven.

Narciso en tanto habia quedado acompañando á las de Ribera, y aprovechando la ocasion de hacer méritos con ellas, las dió la delicada prueba de confianza de explicarlas todo el desafío de Martin con sus causas y sangriento resultado.

—Martin tiene eso, añadió á guisa de juicioso corolario el calculador Narciso; es un buen muchacho, pero amigo de aventuras y su imaginacion le pierde. ¡Lástima!

Las de Ribera quedaron hondamente afectadas, compadeciendo á la pobre Gabriela y felicitándose interiormente la hija y la madre de las buenas condiciones que descubria el pulero Narciso, cuya conducta brillaba más y más en contraste con la del calavera de Martin.

(Continuará).

ANTONIO DE PÁDUA.

## FÍSICA,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

### ALUMBRADO ELÉCTRICO.

(CONTINUACION).

#### BUJÍA JAMIN.

Vamos hoy á dar cuenta á nuestros lectores de una nueva bujía eléctrica inventada por M. Jamin, y recien-

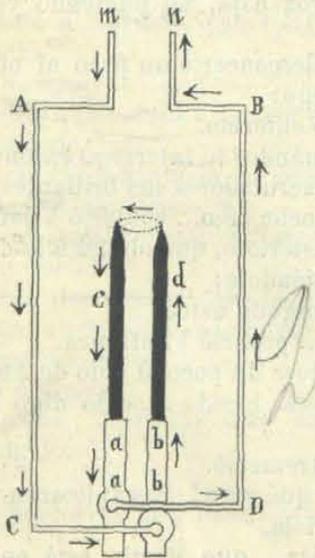


Fig. 7.

temente presentada por éste á la Academia de ciencias de Paris. Desde luego calificamos de felicísima esta invencion, que está llamada á sustituir á la bujía Ja-

blochkoff y á todos los reguladores y lámparas eléctricas donde no sea necesario que el foco luminoso ocupe siempre el mismo lugar del espacio.

La figura 7 representa, en principio, la nueva bujía. Los carbones *c* y *d* están colocados paralelamente en los porta-carbones metálicos *a a* y *b b*. Los hilos conductores del fluido eléctrico, que van recubiertos de guta-percha, forman una especie de lira A B C D alrededor de los carbones. La corriente eléctrica llega á la lira por *m*, por ejemplo; desciende por el lado izquierdo de la lira, como las flechas indican: pasa al porta-carbon *b b*: de aquí pasa al carbon *d*: sube hasta la punta superior de éste: pasa de esta punta á la del otro carbon *c* atravesando el pequeño espacio de aire que separa los carbones, y produciendo entre esas puntas el arco voltáico: desciende por el carbon *c*: pasa al porta-carbon *a a* y allí coge nuevamente el hilo conductor que con este porta-carbon comunica: sube por el hilo derecho de la lira y sale de esta por *n*.

El hilo conductor forma alrededor de los carbones un circuito casi cerrado A B C D al que hemos llamado lira, porque podría afectar esta forma en la práctica en vez de la del rectángulo A B C D que le hemos dado: también podría afectar una forma elíptica como la de la figura 8.

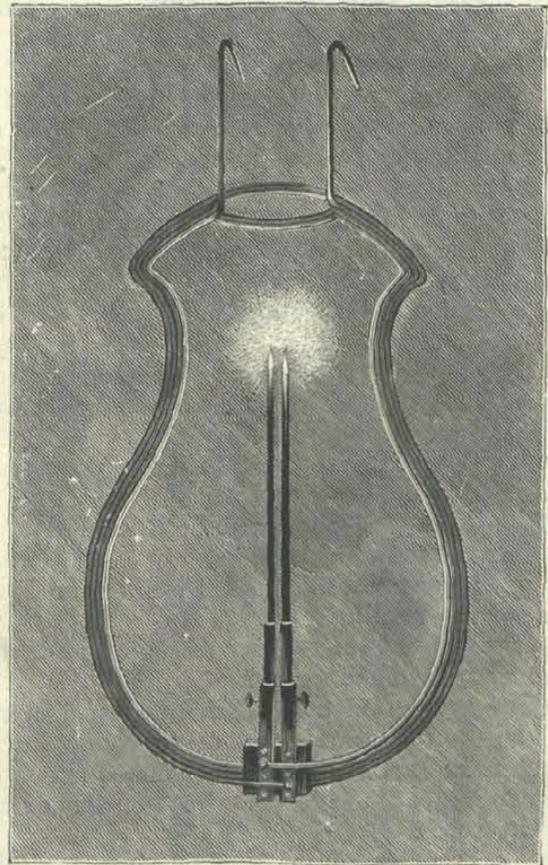


Fig. 8.—Bujía Jamin.

El arco voltáico puede considerarse como una corriente eléctrica móvil, horizontal y aérea, que vá desde la punta del carbon *d* á la punta del carbon *c*, y que marcha de derecha á izquierda. El rectángulo A B C D se compone de cuatro corrientes fijas: la primera es la corriente A B horizontal, que marcha de derecha á izquierda, y que atrae al arco voltáico: la segunda es la corriente C D, horizontal, que marcha de izquierda á derecha, y que repele al arco voltáico. Ambas corrientes concurren á impulsar hácia arriba al arco voltáico. La tercera corriente vertical descendente A C, y la cuarta vertical ascendente B D, concurren á producir sobre el arco el mismo efecto de impulsarlo hácia arriba. De aquí

resulta que el arco voltaico ó luz eléctrica se encuentra siempre entre las puntas de los carbones y que vá descendiendo á medida que éstos se consumen. Las barritas de carbon tienen ordinariamente cuatro ó cinco milímetros de diámetro y se gastan á razon de 15 centímetros por hora, poco más ó ménos.

Hemos supuesto en todo lo que precede, que la cor-

riente eléctrica entraba en la lira por el extremo  $m$  y salía de ella por  $n$ ; pero aun cuando sucediese lo contrario, el efecto del rectángulo A B C D sobre el arco voltaico seria siempre el retenerlo entre las puntas de los carbones, exactamente lo mismo que en el caso anterior.

Tambien se podria invertir la lira, sin dejar de obte-



LA TRAPERA. — (Véase la página 222).

ner idéntico resultado que en los casos anteriores. Invertiendo la lira tendríamos las puntas de los carbones hácia abajo, y por lo tanto mayor luz en el suelo, porque no se proyectarian sobre éste las sombras de los porta-carbones. Podria asimismo darse á la lira cualquiera otra posicion que conviniese, y aun llevarla á la mano de un sitio á otro, siempre que lo permitiese el largo de los hilos conductores.

Si la fuerza con la cual el rectángulo sencillo A B C D impulsa al arco voltaico hácia las puntas no fuese

T. I. — 28.

bastante grande, y se notase cierta vacilacion, podria darse al hilo A B C D dos ó tres ó más vueltas alrededor de los carbones. Entónces la lira obraria sobre el arco con una fuerza doble ó triple ó más que en el caso del rectángulo sencillo. No conviene, sin embargo, exagerar la fuerza con la cual el circuito-lira impulsa al arco voltaico hácia las puntas de los carbones, porque si esta fuerza fuese demasiado grande se escaparia el arco y la corriente quedaria interrumpida y apagada la luz.

Para encender esta bujía, esto es, para hacer que brote

entre los carbones el arco eléctrico, después de establecidas las comunicaciones de la lira con los polos de la máquina generadora de la corriente eléctrica, se toca á la vez ambos carbones y transversalmente con una larga y delgada barrita de carbon que se puede tener en la mano por un extremo distante. La barrita se pone incandescente entre los dos carbones y el arco eléctrico se forma, y la acción de la lira lo lleva al instante á las puntas.

La bujía Jamia ha funcionado hasta ahora con los generadores de electricidad que dan corrientes alternativamente contrarias, y que por esto se llaman *generadores de corrientes alternativas*. Con estas corrientes cada carbon es alternativamente positivo y negativo; y son las que vimos que convenian á la bujía Jablochhoff, para que los carbones se consumiesen con perfecta igualdad, circunstancia sin la cual la bujía mencionada no podría funcionar. Parece natural creer que lo mismo debe suceder á la bujía Jamin, y que á pesar de lo que asegura M. Niaudet en un reciente artículo que ha publicado sobre el nuevo descubrimiento, las corrientes continuas en un mismo sentido no pueden venir á la bujía Jamin porque no se consumirían con igualdad los carbones.

Esta es nuestra opinion que rectificaremos si hay lugar á ello tan pronto como veamos los experimentos que se han de hacer con la nueva bujía en el taller del conocido óptico barcelonés, D. Tomás Dalmau.

Por lo demás, y aun cuando no pueda funcionar bien más que con las corrientes alternativas, siempre constituirá la nueva bujía una felicísima invencion que resuelve el problema de la luz eléctrica del modo más simple posible, y con un aparato de poquísimo coste y exento de todo mecanismo.

FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(Continuará).

## HIGIENE Y MEDICINA DOMÉSTICAS.

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ COROMINAS Y SABATER.

### I.

Todos reconocemos la importancia de la salud, todos repetimos á cada instante, hasta de un modo irreflexivo, semi-automático, que «no hay mayor riqueza que la salud, ni placer comparable á la tranquilidad de conciencia,» pero hay muchas frases y proverbios verdad, de los que, por demasiado usuales, acabamos por desconocer su valor ó gran parte de la trascendencia de su significacion. En efecto, ¿existe en el diccionario de la lengua voz alguna que la repitamos mayor número de veces que la palabra *salud*; ni frases más generalmente conocidas, ni más vulgarmente usadas que las de: «vale más salud que dinero;» «no hay mayor ni mejor riqueza que la salud,» etc., etc.? Y no obstante, ¿cuántos estudian, vigilan y se apartan de los peligros que amenazan tanpreciado? y más aun, ¿son muchos los que después de haberlo perdido ponen cuanto está de su parte para recobrarlo?—Medios para hacer inocentes los abusos y malos hábitos, remedios de acción rápida y en cierto modo maravillosa, cuyo uso no ocasione incomodidad ni obligue á privacion alguna, esto es lo que todos buscamos; es decir, queremos normalizar la vida por una serie continuada de violencias, que es precisamente

todo lo contrario de lo que hace la naturaleza, cuyas leyes pretendemos violar.

Esa evidente anomalía del buen sentido, esa palpable discordancia entre un concepto vulgar, una verdad de sentido comun y la práctica general, es un hecho positivamente cierto, cuyo origen es preciso conocer, cuya causa es indispensable investigar. Es un mal demasiado grande para que podamos limitarnos á contemplar su curso en la confianza de que termine bien; sus tendencias serian destructoras; su terminacion funesta. Es un mal demasiado grave para que renunciemos á la humanitaria aspiracion de atajarlo en su causa, en su origen. La causa y el remedio son conocidos, falta tan sólo aplicarlos.—Seguramente que no es la mala voluntad la que guia al entendimiento por camino tan errado, es la ceguedad de la ignorancia que permite la contravencion, por las costumbres, de las reglas de la higiene, y la generalizacion y continuacion indefinida de la más insulsa rutina, y de los errores y preocupaciones más temibles. Esta es la causa.

Hoy no se puede pasar plaza de ilustrado sin tener nociones generales de casi todos los ramos del saber, y sin embargo, en materias de higiene, los más circunspectos no tienen reparo en confesar su absoluta ignorancia; los más vanidosos se hacen irreflexivamente eco de desacreditadas teorías antiguas, aprendidas quizá en los anuncios y prospectos de esos mercaderes que, en nombre de los más caritativos y filantrópicos sentimientos y á título de pretendidos específicos, comercian con la salud y las vidas de sus semejantes; innoble é indigno tráfico que ningun gobierno ha podido, sabido ni querido impedir. Por esto domina la rutina y medran las más insustanciales, á veces temerarias y siempre perniciosas vulgaridades y preocupaciones.

¿Será que al asunto le falta interés; es que el estudio de la higiene es demasiado trivial y la formalidad de nuestra época no se destina sino á los más colosales problemas? Que nadie lo piensa así, es seguro; que lo parece, es evidente. Ridículo seria, en efecto, concepto tal de una ciencia aplicable que se ocupa de la salud, perfeccionamiento y conservacion del hombre; que da reglas para que ese ideal se cumpla en la especie, en la familia y en el individuo; es decir, que trata de disminuir ó por lo ménos de alejar, en la medida de lo posible, esos dias de confusion, dolor y á veces luto, ocasionados por enfermedades que quizá hubieran podido evitarse; siempre por medios sencillos, por prácticas las más simples, por una perfecta nocion y consiguiente alejamiento de las causas de enfermedad. Si esto es la higiene, si su objeto es de tal cuantía, si su fin es tan noble y elevado como trascendental y digno, si sus medios son tan fáciles, dígame si no estamos en lo cierto al considerar de absoluta necesidad para todos su estudio, como base fundamental del bienestar doméstico y de la regeneracion física y hasta moral de las generaciones. Este es el remedio.

Y en efecto, urge poner pronto y eficaz correctivo á la decadencia progresiva de las sucesivas generaciones. La historia lo dice; todo el mundo lo reconoce: en el cuerpo humano, el vigor físico decrece, los músculos languidecen, las líneas pierden su primitiva regularidad y la armonía de las formas desaparece paulatinamente; en lo moral, los caracteres se pierden, que es como si dijéramos: hasta la voluntad pierde su razonado vigor.—En lenguaje médico quizá podríamos decir que esto último es síntoma de un histerismo universal.—Todo lo absorbe el cerebro. No parece sino que mientras el hombre tiende á materializar sus ideas, y perdónese la expresion, el cuerpo tiende á idealizarse.

Otra cosa no puede suceder mientras no conozca todo el mundo las infinitas trasgresiones de las reglas de la higiene que se cometen con el niño, y las que lleva consigo el modo de vivir de nuestros días. El niño nace amenazada su salud y su vida por la inexperiencia ó falsa experiencia de una madre que no sabe apropiarse y regular los cuidados que prodiga á su tan querido hijo; quizá éste se alimente en pechos mercenarios, no siempre abundantes en la leche que alimenta sino á veces llenos tan sólo de la codicia que aniquila; crece sin el calor maternal, sin los cuidados de la maternidad, sin las caricias del amor, cuando hubiera podido disfrutar de los grandes, de los inmensos beneficios de la lactancia materna, si la madre hubiese estado bien impuesta en sus deberes, y, conociendo los peligros á que quedaba expuesto el niño, hubiese su espíritu estado libre de las mil preocupaciones que divagan por la mente de la generalidad.—Se quiere á los hijos enciclopedistas, sabios á los quince años; el ejercicio físico parece una necesidad muy secundaria.—El matrimonio, cuando no es resultado de un ciego platonismo, se hace bajo la presión de ciertas conveniencias sociales ó es simplemente producto de un cálculo numérico; pocos consultan á la higiene sobre tan trascendental determinación.—Para las pasiones, no hay freno.—Las habitaciones no siempre parecen hechas para el hombre; es que las casas se construyen como conviene al dueño ó empresario; lo último en que se piensa es en su salubridad. Cualquiera diría que las leyes vigentes sobre este particular se hicieron para que no pueda decirse que no las tenemos.—Las modas y el lujo prescinden de las necesidades; si á lo ménos obedecieran á las leyes de la estética, se corregiría en algo, aunque artificialmente, la falta de buenas formas naturales. Pues hasta en esto se prescinde de la razón en nuestros tiempos tan razonadores.—Si á todo esto se añade el número de circunstancias que hacen defectuosa la alimentación, ya que los productos á ella destinados, cuando no por alterados, por sofisticados, deben alimentar mal y á veces dañar, se tendrá una idea sintética de las causas de debilitación que pesan sobre nuestro organismo, focos infecciosos para la salud, potentes máquinas opresoras que impiden el desarrollo natural y armónico del cuerpo, emanaciones deletéreas para la vida, eternos conspiradores contra la longevidad.

Por lo visto, aparte de sus efectos, conocemos la causa y el remedio del mal que se trata de corregir; sólo falta hacer la consiguiente aplicación. Si aquella es alcanzable, el mal es corregible; lo es: contra la ignorancia, la instrucción; contra una rutina defectuosa, las reglas de un arte; contra una vulgaridad errónea, un conocimiento positivo; contra una preocupación, un razonamiento bien fundado.—El modo de convertir en hecho práctico esa trascendental verdad, está en la vulgarización de los preceptos de la higiene. No pretendemos que todos penetren en las profundidades de ésta considerada como ciencia, porque esto no sería prudente ni posible; deseamos sí que todos tengan una noción precisa de su objeto, una idea exacta de su fin, y sobre todo, un conocimiento razonado de sus reglas. Cúidese el médico de cultivar la ciencia, establezca su método, resuelva sus problemas, formule sus leyes; en una palabra, construya el arte; pero aprendan todos á practicar este arte. Así, puesto cada cual en su lugar, aquella conservará su tecnicismo, su rango en las alturas del humano saber, y éste, hermanándose con las costumbres y hablando el lenguaje de todos, hará sentir su benéfica influencia sobre lo que en más estima tenemos, la salud.

Ya que en nuestro país escasean tanto, que casi no las hay, publicaciones formales destinadas á este fin, vamos á dedicar á ello una serie de artículos, teniendo por principal punto de mira la familia, y empezando por consiguiente por lo que en ella más interés nos mueve: el niño. Los inmediatos artículos serán, pues, *Consejos á las madres de familia*.

J. COROMINAS Y SABATER.

(Continuará).

## GAMUZAS ENVUELTAS POR UN ALUD.

(Véase el grabado de la página 209).

Tan sombrío como aterrador para el habitante de los países meridionales, es el cuadro que presentan las cimas y valles más elevados de los Alpes en lo más crudo del invierno. Por do quiera reina una temperatura glacial, y el frío que constantemente mantiene la columna termométrica á muchos grados bajo cero, esparce la muerte por sus vastas regiones: la vegetación más robusta desaparece del todo; la nutritiva sávia que los rayos solares en verano elevaban lentamente hasta las más encumbradas ramas de los árboles seculares, ha descendido profundamente hasta las entrañas de la tierra. La nieve lo ha invadido todo y como una inmensa sábana cubre la superficie del suelo. Inmensas moles de hielo mal asentadas al borde de profundos abismos en donde jamás penetró un rayo de sol, se destacan allá y acullá fingiendo gigantescos espectros envueltos en blancas y holgadas mortajas. Un silencio sepulcral interrumpido tan sólo algunas veces por rumores sordos y quejumbrosos, como suspiros de un moribundo que le arrancan penosamente la vida, y otras por prolongados estruendos que repite en desacorde consonancia el eco de los valles cerrados por elevados muros de granito, anuncian la abertura de profundas grietas revestidas en su corte interno de todos los colores del arco iris, ó el derrumbamiento de enormes masas de hielo estrellándose con horrísono fragor al chocar con las agudas peñas que hallan al paso ó aumentando en volumen á medida que descenden en vertiginoso empuje, arrollando todo cuanto se presenta en su rápido vuelo hasta dar con el insaciable antro ó insondable cráter que ha de engullirlas.

Si alguna vez en este cuadro de desolación aparece algún punto luminoso, con restos de una vegetación menguada ó cubierto de una especie de tapiz criptogámico que ha podido arraigar penosamente por entre las rendijas de algunas rocas ó escarpas, libres por su posición del envoltorio de hielo que cubre el resto y animadas por fugitivo rayo solar, no es extraño encontrar en aquella especie de oasis, en aquel jardín inverosímil en medio de un desierto de nieve, á algunos pobres animales, hijos de las montañas, á quienes la imperiosa necesidad ha obligado á refugiarse en aquellos tan reducidos como peligrosos sitios. Pero ¡ay de ellos! que á pesar de su natural ligereza y admirable esfuerzo; á pesar de ser los más aptos para la fuga, una muerte inminente les amenaza sin cesar. Los torbellinos de nieve que les rodean, cerrándoles toda senda y los aludes que se precipitan tumultuosamente de las elevadas cumbres cercanas, les envuelven muchas veces y les aprisionan entre las olas de horrible tempestad, quedando privados de todo movimiento y pereciendo tristemente sumergidos y ahogados por la nieve.

Tal es el cuadro, tomado del natural, que ofrecemos



MERCADO DE SIRVIENTES EN ALSACIA.  
(Véase la página 222).

nuestros lectores hábilmente trazado por un inteligente artista. Vese en él á la naturaleza helada con toda su tétrica majestad y luchando con la muerte al rey de los riscos de los más altos montes de Europa, al único representante de la familia de los antílopes que tenemos en esta region, y que tan sólo se halla en las cimas de los Alpes. Vive la gamuza en manadas y tiene una agilidad incomparable: salva los precipicios, trepa por las cuestas más rápidas, sigue los más estrechos senderos á la orilla de los abismos, salta de risco en risco, se pára en la punta del pico más agudo, donde apenas tiene lugar para colocar los cuatro piés, y todo con una facilidad de movimientos y con una seguridad que al paso que prueban su fuerza muscular, indican la certeza de su golpe de vista. Como no puede oponer á sus enemigos más que la fuga, se han perfeccionado sus órganos de la vista, olfato y oído de un modo tal, que es muy difícil que nadie logre sorprenderla; y á más de esto, cuando la manada está paciendo, hay siempre dos ó tres machos viejos de centinela que observan el campo; y por poco que algun objeto excite su recelo, avisan á sus compañeros por medio de un agudo silbido y todos se dispersan con una prontitud inconcebible: en un abrir y cerrar de ojos todos han desaparecido por en medio de precipicios y riscos donde nadie puede seguirlos. Al aproximarse el invierno, estos animales abandonan instintivamente las pendientes más encumbradas al Norte de los montes y pasan á las que hacen cara al Sur, pero nunca descienden al llano.—S.

## HERO Y LEANDRO.

(Véase el grabado de la página 208).

Un artista de Munich ha tenido la feliz inspiracion de transmitir al lienzo el desenlace de la conmovedora historia de amor de la sacerdotisa Hero y el galan mancebo Leandro, historia que sirvió de tema al gran Schiller para una de sus más lindas baladas. El poeta griego Museo tambien cantó las cuitas de aquellos amantes infortunados, en un poema que algunos atribuyen á un gramático del siglo III ó el IV de nuestra era y que ha sido publicado, traducido é imitado gran número de veces.

Dividia á las ciudades de Sestos y Abidos el Helesponto, y Leandro, que vivia en la última, atravesábalo todas las noches á nado para ver á su amada, que en lo alto de una de las torres de Sestos encendia una antorcha con el objeto de que sirviese de norte al animoso mozo. Alborotáronse un dia las olas, y nuestro amante tuvo que esperar á la noche siguiente; seis más continuó la tormenta poniendo á prueba su amor y su paciencia; la octava noche vino y, sin temor á las atronadoras nubes que ocultaban la luz de los astros y al incesante movimiento de las revueltas aguas, arrójase á ellas, lucha por vencerlas con el valor de la desesperacion, pero sucumbe. Al despuntar la aurora Hero descubre su cadáver en la orilla, le reconoce, estréchale mil y mil veces contra su corazon, y no pudiendo sobrevivir al que á tan triste suerte se habia expuesto por ella, precipitase en el mar, donde desaparece bajo las espumosas ondas.

El momento que ha elegido el artista para la representacion de sus personajes, es el más patético de la historia de los amantes sin ventura, aquel en que Hero, descubriendo el cadáver de Leandro, fiel á sus juramentos de amor, se dispone á reunirse con él librandole su cuerpo á las pérfidas aguas del Helesponto.—B.

## LA TRAPERA.

(Véase el grabado de la página 217).

Decia uno de nuestros amigos que el apéndice natural del traperero es el perro; que éste constituye el complemento de aquel; que no se concibe la existencia del primero sin la del segundo. Por nuestra parte creemos que son dos enemigos irreconciliables; dos entidades incompatibles, y nos fundamos para ello en el refran que dice: «¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio.» Y la verdad es que sólo cerrando los ojos á la evidencia, puede desconocerse que ambos profesan idéntica industria; que los dos explotan la misma profesion. El traperero, —y al decir traperero entiéndase que nos referimos á la traperera, como hablamos de la perra al valernos de la palabra perro,—viven y pelean de los desperdicios de toda clase abandonados en medio del arroyo. Aquel busca en los montones de basura, los girones, los pedazos de papel, los fragmentos de metal de que hinche su saco y su banasta; éste anda en pos de las piltrafas y los huesos que han de sostener su menguada y trabajosa existencia: el perro ladra al traperero en el cual mira á un ladrón, decidido á disputarle su propiedad, y está dispuesto á hacer valer sus derechos con toda la fuerza de sus dientes; el traperero, con el gancho en la mano, vuelve por los fueros de la justicia y atiende al aumento de su hacienda, poniendo orejas de mercader á las reconvencciones de su rival. Despues de esto, vayan ustedes á creer que están en lo cierto los que se empeñan en sostener el principio destituido de fundamento de que «la propiedad es un robo.»—V.

## MERCADO DE SIRVIENTES EN ALSACIA.

(Véase el grabado de las páginas 220 y 221).

El insigne compositor Flotow, ha popularizado con su *Marta* una de las costumbres de la vieja Inglaterra, esto es, el mercado de sirvientas, que el autor de tan bellísima partitura coloca en Richmond. En algunos pueblos de Alemania, y sobre todo al Norte de aquel país, celébranse todavía mercados de sirvientas, y lo mismo sucede en las provincias últimamente anexionadas, Alsacia y Lorena. Todos los años, á principios de octubre, los domésticos de ambos sexos se trasladan desde el campo á las ciudades populosas para procurarse una colocacion y proveer de este modo á su sustento durante el invierno. Alineados en correcta formacion, cual una compañía de reclutas, son inspeccionados cuidadosamente por las personas á quienes hace falta un criado. Estipúlase el salario, consistente en dinero y en efectos, y el amo adelanta al sirviente cierta cantidad en metálico, cantidad que suele consumirse en las tabernas, por aquel tiempo muy animadas. Pero á las veinte y cuatro horas cesa el bullicio, pues los sirvientes no tienen más remedio que seguir á sus amos.—M.

## CONSEJAS POPULARES DE GALICIA.

### LA COMPAÑA.

Galicia, como todos los países del Norte, abunda en creencias populares, á que dan pábulo la soñadora fantasía de sus hijos, y lo accidentado y brumoso de su paisaje y su cielo.

Allí donde los zarzales y espinos sirven de oscura alfombra á las venerables ruinas de un castillo; allí donde para el viajero no hay más que desolacion y muerte,

para el pueblo hay una sombría historia de amores. La tímida pastora jamás verá aquellos torreones sin perseguirse estremecida, porque en cada piedra lee una página del triste romance que mil veces ha oído contar al amor de la lumbre, cuando el viento silba desencadenado y la leña chisporrotea de un modo fatídico. El laborioso jornalero, cuando dado el toque de ánimas se retira lentamente á su casa, si llega á pasar por cerca de un solitario monasterio, evocará el recuerdo de aquellos cenobitas que pasaban los años sumidos en celestial éxtasis, y alucinado por el sitio, por la hora, por el viento que se desliza entre los claustros, entrará en su casa repitiendo y jurando que ha oído las armonías del órgano, y el coro de la comunidad cantando *Vísperas*.

Y si la noche le sorprende en lo alto de una montaña, y allá en la hondonada hay materias en descomposición que producen exhalaciones fosfóricas, el buen campesino tiembla y se desconcierta, llega asustado á su choza y cuenta tartamudeando que ha visto la *compaña*, que le ha salido al encuentro la hueste de espíritus malignos, y presagia que en la aldea debe dejarse sentir pronto la Justicia divina, porque la *hostadea*, *hostadeiña* (*hostis Dei*, *hostis divina*), no hay que dudarle, viene en busca de un muerto.

¿Quereis oír relatar una de esas nocturnas apariciones que cuentan los crédulos aldeanos? Pues prestad atención por un instante.

## I.

Pronto será media noche.

La trémula luz de la luna esparce por intervalos su tibia claridad, iluminando con un tinte sombrío el fondo del valle.

Una casa rodeada de cipreses se destaca lúgubramente sobre la parda vegetación del terreno, cual los horrendos fantasmas que vagan en torno de los ruinosos escombros de un castillo.

La deforme silueta de aquella pobre mansión y de los funerarios arbustos, ora se encoge, ora se prolonga, ora desaparece del todo, según el caprichoso giro de las sombrías nubes que la atmósfera cruzan.

Nada hay que embellezca la lobreguez del cielo, ó el aterrador silencio del paisaje.

La naturaleza, adormecida sólo parece despertar, no para herir el oído con la música armoniosa del torrente, sino con el sordo murmullo del agua al deslizarse de peña en peña; no con el regalado canto del ruiseñor, sino con el estridente aleteo de la cigarra; con ese sonido desapacible que tantas veces recordamos al oír rechinar la leña verde en el fuego.

Lanzan los perros tristes y prolongados aullidos, y si el viento agita las florestas, es para producir silbidos más imponentes que los de los monstruosos reptiles de América.

¿Qué genio maléfico reposa en una morada de tan sombríos alrededores?

## II.

Entrad en la vivienda de los cipreses.

¿Qué os asusta?

¡Ah! Es el pobre Alf; el fiel mastín que se empeña en gritar obstinadamente.

No temáis; abrid la puerta, y os colmará de caricias.

Dadle un pedazo de pan. ¡Hace tanto tiempo que no ha comido!

Pero ¿qué os detiene? Subid sin demora. ¿No sentís sólolozar?

Esos gemidos son de mujer; no hagáis ruido; escuchadla.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! No le lleveis aun. ¡No es tiempo todavía! exclama una anciana arrodillada á los piés de un mezquino lecho, apretando con violencia contra su corazón un tosco Crucifijo de madera.

—¡Aparta! ¡Aparta! repone el enfermo, sacudiendo convulsivamente con un pié el hombro de la llorosa vieja.

—¡Acuérdate de Dios, Nicolás, acuérdate del mal que has hecho en este mundo! insiste lanzando desgarradores gemidos.

—¡Déjame! No me muero, no... Quiero ver á mi hijo, á mi Manuel... para darle la llave.

Al decir esto Nicolás, pugnando por incorporarse en el lecho, mostraba con innoble y repugnante sonrisa una llave que sus dedos descarnados apretaban con violencia.

—No has pensado más que en el oro durante tu vida: olvidaste tus obligaciones, la educación de tu hijo, el socorro de los desvalidos y la observancia de los deberes religiosos. Ahora se acercan los postreros instantes de tu existencia; y sordo á la voz de tu alma, sólo en mal adquiridos caudales tienes puesta la mira.

—¿Quieres matarme? interrogó el enfermo con voz ronca y sofocada, extendiendo los puños con un gesto de cólera.

La pobre esposa dejó deslizar sus lágrimas silenciosamente y besó con fervor la imagen del Crucificado.

Nicolás tendría como unos sesenta años: sobre su cráneo pelado y desigual flotaban apenas algunas crespas y mugrientas guedejas blancas; los ojos, hundidos y brillantes, estaban rodeados de una curva morada; y sus pómulos salientes y huesosos se destacaban al lado de una nariz delgada y aguileña, cuya punta avanzaba sobre labios temblones é incoloros. Surcaban su cara hondas arrugas; y sus cejas arqueadas, y unidas por las continuas estremidades, daban á aquella frente comprimida y echada hácia atrás, á aquella fisonomía amarillenta, el tinte sombrío de la más sórdida avaricia. La cama en que yacía eran tres tablas, sostenidas por dos malos caballetes, y sobre ellas un mezquino jergon cubierto con dos sucias sábanas y una manta, que la aguja se había empeñado en hacer triunfarse de las injurias del tiempo.

Cerca de la cabecera del enfermo había una alacena abierta y clavada en la pared.

Frente al lecho, una puerta comunicaba con otras habitaciones de la casa.

## III.

Detrás de ella había un gabinete con una ventana.

En esta ventana, sólo un cristal establecía relación entre lo exterior y lo interior.

Inmóvil, y con los labios tocando casi al helado vidrio, estaba un jóven que á lo más contaría diez y siete primaveras.

Si, aprovechando el fugaz rayo de la luna que á veces iluminaba su semblante, quisiéramos examinarlo, nada llamaría la atención en aquella cara gorda, redonda y morena, á no ser el blanco esmalte de los dientes, que parecían de bruñido marfil.

Este muchacho era hijo del avariento Nicolás: era el Manuel que tanto anhelaba ver su padre, y que desde su escondido mirador parecía preocupado con lo que descubría y hablaba alto, abría los ojos, temblaba á veces, revelando siempre agitación y sorpresa.

—Ya se acercan, decía, ya llegan á nuestro corral; una, dos, tres... son siete; ¡Virgen María! protegedme.

Y el atemorizado jóven, siguiendo tal monólogo, empañaba con su entrecortada respiración la pálida superficie del cristal.

Mas en vano era que su aliento humedeciese el tra-

parente vidrio, porque su presurosa mano lo limpiaba con el pañuelo; y el campesino, estático, suspenso, encadenado en su puesto, seguía con azorados ojos satisfaciendo la anhelante curiosidad que le devoraba.

Hé aquí lo que creía ver y oír.

El viento rugía impetuoso trayendo de espacio en espacio las agudas vibraciones de una campana doblando á muerto.

Una nube de pájaros negros y enormes se agitaba con terrorífico vuelo en torno de los cipreses del patio, lanzando á veces dolientes y agudos graznidos, que resonaban en los oídos de Manuel con la mística entonación de un *De profundis*.

En el corral acababan de entrar siete fantasmas de ropajes flotantes y blancos como el ampo de la nieve, llevando en la mano rutilantes cirios que una pálida llama consumía.

Manuel temblaba como un azogado: la tétrica danza que ante sus espantados ojos comenzaron los aparecidos, le llenó de estupor, embotó las facultades de su alma, y concentró la sávia toda de su vida en la vista y el oído.

No cabía duda: ante sus ojos se presentaba la *compaña*, esa sociedad de duendes nocturnos, que casi todos los campesinos gallegos han creído ver alguna vez en su vida, al pasar un monte, bordear un río, salir de casa, atravesar un bosque ó saludar el cementerio.

Y tal como en largas noches de invierno Manuel había oído describir la aparición de la *compaña*, del mismo modo se agolpaban y revolvían ante su vista los siniestros visitantes, cuyas luces lívidas y oscilantes le aterrabán.

La *compaña* formó un círculo, en cuyo centro brillaba una luz más viva que las otras: aquella rueda giraba como una guirnalda de estrellas, é iba estrechándose de un modo fantástico y misterioso, hasta suprimir casi la distancia entre el centro y los lados.

Una bandada de lechuzas, mochuelos, murciélagos y buhos revoloteaba junto á la ventana en que estaba Manuel.

La luz de la luna iba amortiguándose: parecía próxima á extinguirse.

Los pájaros de la noche se apiñaban delante de la ventana con tal tenacidad, que sólo por intervalos permitían al joven vislumbrar la danza de los fantasmas.

De súbito una lechuza pasó rozando con las alas el cristal de la ventana, y lanzó un prolongado graznido, que hizo retroceder de espanto á Manuel.

Abrióse la puerta que daba á la habitación del enfermo, y dibujóse en el dintel la figura de la anciana.

Manuel clavó en ella una mirada vaga, casi incierta, casi estúpida.

— ¡Ruega á Dios por tu padre! exclamó la vieja con acento solemne, señalando con su dedo á lo alto.

— ¡Ha muerto! preguntó desesperado el muchacho, precipitándose hácia la ventana, como desatentado y fuera de sí.

En el patio no había nada; pájaros y luces habían desaparecido: tan solo á lo léjos podía oírse el tañido de una campana.

Manuel recorrió en seguida el fondo del paisaje, y al fin creyó distinguir entre brumas y oscuridad seis luces, cuyo brillo mortecino iba disipándose en lontananza.

— ¡Es verdad! ¡es verdad! repetía el joven golpeándose la frente; ¡vinieron siete y sólo se van seis! ¡Le mataron ó le pusieron luz negra! ¡Ay, madre mia! velemos por mi padre: ¡las puertas del cielo se han cerrado para él por una eternidad!

Madre é hijo cayeron de rodillas.

#### IV.

La casa de los cipreses, en donde ni el pobre encontraba limosna, ni la viuda amparo, ni el sediento agua, ni el desnudo abrigo, fué desde la muerte de Nicolás refugio de desvalidos, asilo de desgraciados, consuelo de infortunios y calamidades.

Dijose por la aldea, que la *compaña* había venido á buscar el alma del difunto, pero su hijo y viuda, en fuerza de limosnas y buenas obras, hicieron desaparecer la odiosidad que sobre aquella casa había atraído la ambiciosa conducta del prestamista.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

### EL PRIMER HIJO.

(Véase el grabado de las páginas 212 y 213).

Ángel aun, de un ángel es su alma;  
Blandamente sus ojos cerró el sueño;  
Su amante madre, con serena calma,  
Vela por él con incesante empeño.  
Del blando lecho al saludable abrigo  
Acaricia serenos ideales;  
Todo en él es candor, todo esperanza;  
Le aguardan las caricias maternales  
Al despertar de su infantil holganza;  
Y si, acaso, impaciente,  
Como gota de aljófár sobre rosa  
Baña el llanto su cútis trasparente,  
Este llanto, gozosa,  
La madre enjuga con su labio ardiente.  
El ángel á su guarda destinado  
Hácia el Señor tendió su manso vuelo;  
Mientras la madre esté del niño al lado  
No hacen falta los ángeles del cielo.  
De amor honesto que la liga á un hombre  
Vino el rapaz á endurecer el lazo;  
Tiene su misma faz, lleva su nombre,  
Le mecen uno y otro en su regazo;  
Y en la mirada dulce y apacible  
Que la dirige el niño desde el lecho,  
Recuerda la mirada irresistible  
Que un día en santo amor la inundó el pecho  
— ¡Es él! ¡Mi esposo!... exclama enternecida.  
Y al escucharlo el amoroso padre  
— ¡No es verdad, no es verdad!... dice en seguida,  
¡Es un vivo retrato de su madre!  
¡Oh, cuántas veces contempló extasiada  
Al primer hijo en la mullida cuna,  
Y soñó para el genio y grandeza  
Y bienes de fortuna  
Y honores y virtudes y belleza,  
Y hasta un trono el más fuerte de este mundo  
Y un nombre el más honrado de la historia,  
Y de un pueblo el cariño más profundo  
Y la parte más bella de la gloria!...  
Y cuántas ¡ay! un pensamiento horrible,  
Como puñal al fuego enrojecido,  
Por su mente cruzó, y el pecho amante  
De mortal inquietud se sintió herido...  
¿Qué guarda el porvenir al tierno infante?  
¡El porvenir!... ¿Quién sabe si la suerte  
Porvenir le depara tan siquiera?  
¿Quién sabe si la muerte,  
Fria, celosa, artera,  
Acechándole está? Tal vez mañana  
Al canto de la madre sin recelo  
Sucederá la voz de la campana,  
Y, allá de noche, brillará en el cielo  
Del ángel nuevo el alma pura y bella  
Iluminando una apagada estrella...  
Tal recela la madre, y se estremece;  
Luego sonríe con serena calma;  
Y así unas veces de temor parece  
Y otras de dicha se la inunda el alma.  
Amor inmenso, que encendió el Eterno  
En el materno pecho, cuando quiso  
Que vislumbrara penas del infierno  
Desde el goce ideal del paraíso.

MANUEL ANGELON.